



Suplemento
 al núm. XXVIII de
 REVISTA de EXTREMADURA

Cáceres y Agosto de 1902
 Precio de cada cuaderno: 50 Pesetas

CUADERNO PRIMERO

Preparación al estudio de
 bajo el doble aspecto de la realidad y del ensueño

LA FANTASIA HUMANA

POR
 M. Roso de Luna



*Doctor en Derecho, Licenciado en Ciencias,
 Académico c. de la Historia y Caballero
 de varias Órdenes.*

MAHÓN
 Imprenta de Bernardo Fabregues
 1902

11308

PREPARACION AL ESTUDIO DE LA FANTASIA HUMANA

MSA 62259
CS 1070010

Q. 536

11308

PREPARACIÓN AL ESTUDIO

DE

LA FANTASIA HUMANA

BAJO EL DOBLE ASPECTO

DE LA REALIDAD Y DEL ENSUEÑO

POR

M. Rojo de Luna

DOCTOR EN DERECHO, LICENCIADO EN CIENCIAS, ACADÉMICO C. DE LA
HISTORIA Y CABALLERO DE VARIAS ORDENES

LIBRO I.

MAHÓN

Establecimiento tipográfico de B. Fábregues

IMPRESOR DE LA REAL CASA

1902

~~~~~  
De acuerdo con la redacción de la *Revista de Extremadura*, esta obra es propiedad de su autor, quien ha hecho el depósito que exige la ley de propiedad intelectual.  
~~~~~

Tirada especial de esta obra 530 ejemplares

Al muy ilustre Señor
Don Gumersindo de Azcárate.

Maestro mío respetabilísimo.

Dos años hace, cuando los ardores de mi investigación sobre el oscuro problema de la Fantasía humana parecían llevarme demasiado lejos, sentí el temor de lo desconocido, é igual que el pequeñuelo busca en su madre arrimo para sus travesuras, busqué en su saber indiscutible un apoyo moral: un severo juicio; una desilusión ó un estímulo.

Vd., que es bueno, no tardó en acudir á mi cuita. Pecó de benévolo en la crítica de mi trabajo, todo lo que, respecto de sí, pecara de severo, pretendiendo declararse incompetente en tales estudios, y he aquí hoy la consecuencia de su pecado: el recibir la dedicatoria de este ensayo, preparador de una más honda investigación sobre tan misteriosa facultad humana, emplazada en los confines del cuerpo con el espíritu, y llamada, por ello, á ulteriores destinos científicos, unificadores ó de síntesis, que hagan luz en el sempiterno dualismo de la tradicional psicología.

Dígnese aceptar benevolamente este modesto óbolo de gratitud de su discípulo y respetuoso amigo.

El autor.

Índice

	<u>Pág.</u>
DEDICATORIA	V
ÍNDICE	VII

Libro I.

CAPÍTULO I.— <i>Necesidad de emplear nuevos métodos en la investigación psicológica</i>	1
CAP. II.— <i>Observación psicológica y aplicación del método dialítico.</i>	13
CAP. III.— <i>Detalles indispensables para una buena observación somnológica</i>	20
CAP. IV.— <i>El Sol y el Espíritu.—La vigilia.—El reposo.—Sus crepúsculos</i>	28
CAP. V.— <i>Primera diálisis de las facultades del espíritu. la psiquis y la fantasía</i>	33
CAP. VI.— <i>Correlación fisiológica de la diálisis anterior</i>	46
CAP. VII.— <i>Lo consciente y lo inconsciente.</i>	61
CAP. VIII.— <i>Segunda diálisis de facultades.—La intuición y el raciocinio</i>	70
CAP. IX.— <i>Análisis general de las facultades complejas (binarias y ternarias) del espíritu</i>	85
CAP. X.— <i>Escala dinamo-orgánica de facultades.</i>	105

Libro primero

Capítulo I

Necesidad de emplear nuevos métodos en la investigación psicológica

PELIGROSO es hoy el escribir sobre materias relacionadas con la Psicología, ya que, como dice nuestro profundo González Serrano, en cantidad y calidad excede la literatura psicológica á las demás manifestaciones del pensamiento, acaso por lo mismo que ciertas enfermedades cuentan con variadísimos medios terapéuticos por la sencilla razón de que no llega á curarlas radicalmente ninguno.

La moderna Psicología no debe olvidar, con las naturales reservas, el dicho de Dalembert, en su discurso preliminar de la Enciclopedia: «la metafísica no es, en efecto otra cosa que la Física experimental del alma. ¡Cuántos hay que no merecen el título de filósofos sino por el desventurado talento de obscurecer, con mucha su-

tileza, las ideas claras, y de preferir, en las nociones que ellos se forman, lo extraordinario á lo verdadero, que es siempre sencillo.»

Nosotros, en el presente trabajo, hemos sido, como para siempre, empujados por la misma realidad. Primero nos preocuparon hondamente las aberraciones del ensueño: de éstas pasamos, sin sentir, al estudio de los ensueños mismos, lo que pronto nos llevó más lejos: á un estudio analítico de facultades, sobresaliendo entre ellas la facultad menos psicológicamente tratada: la que opera representaciones pictóricas ante el yo; la atesoradora de las impresiones de los sentidos; la compañera insustituible de toda labor del espíritu y clave de sus anheladas síntesis, la despreciada por los sabios; en fin, la soñadora fantasía, motejada doquier como perturbadora de las labores intelectivas; como enemiga de la lógica y de la observación; como burlona eterna de la crítica; como prisma cuyo iris borra las radicales diferencias entre la realidad y la quimera, la verdad y la mentira, cobijadas bajo el manto semi-infinito de sus bellezas; como *loca de la casa*, en una palabra, cuando la loca fuera siempre la ciencia psicológica, que no se dignara dirigirla una mirada siquiera, infatuada como ha estado primero con el erróneo criterio tradicional escolástico, que identificara el alma ó espíritu con la inteligencia, y después con el criterio organicista, que, por paralelo error nacido de interpretar mal las ciencias de observación, la identificara con el cerebro, dejando fuera las funciones fisiológicas de lo inconsciente y las psicológicas del sentimiento, más respetables aún que el pensamiento mismo.

Acaso no exista, en efecto, ciencia alguna donde domine tanto el rancio espíritu de rutina como domina en la Psicología.

Desde los tiempos de Thales, Platón, Aristóteles y Pitágoras pueden contarse por cientos los pensadores ilustres que han agotado sus fuerzas intelectuales en profundizar el gran problema de la existencia del alma, de sus facultades ó modos de obrar y de explicar por diversas teorías esa unión incomprensible del espíritu y el cuerpo, tomando por única base la vida real ó la vigilia, y por únicos métodos los de abstracción y generalización, como si á las débiles fuerzas del solo raciocinio les fuera dable resolver, sin ninguna otra ayuda, ese complejo microcosmos que se llama hombre, donde se reúnen en asombrosa síntesis las leyes todas del mundo inorgánico, orgánico y biológico con las del mundo invisible, tan inextricables y tan obscuras de suyo.

Sobre los hermosos estudios, de los filósofos platónicos y aristotélicos cayó en la Edad-Media el aluvión de sutilezas y distingos con el gran instinto científico de los escolásticos pretendió explicar los fenómenos psíquicos, logrando sin duda llegar hasta donde llegarse podía por aquel camino de método imperfecto, que despreciaba á las ciencias de observación y experimentación, como si nada tuviera que ver con ellas el alma, quien al cabo de unos cuantos lustros de esclavitud corpórea, había de emanciparse eternamente de su frágil envoltura.

Reaccionando contra este modo de investigar, el renacimiento filosófico iniciado por Descartes y Leibnitz, tenía que presentarse y se presentó desde luego, como rival

temible de aquellas teorías que, á fuer de preocupadas con la inteligencia olvidaban la sensación, al querer enaltecer al espíritu despreciaban el cuerpo del hombre, la obra maestra del mundo visible, y al admirar los grandes destinos de aquel allende la tumba, prescindían de los únicos procedimientos capaces de guiar al raciocinio en el estudio de él durante su vida terrestre, como si el fondo del problema psicológico, que es á la vez subjetivo y objetivo, fuera, no un edificio alzado ya por la mano del Creador y que detalle tras detalle había que estudiar, sino un sistema lógico, inventado por la razón humana, á la manera de las ciencias lógico-matemáticas, hijas unigénitas del raciocinio.

Por eso Locke y Condillac opusieron á los escolásticos su teoría de *sensaciones transformadas*, que tomara á la Fisiología por pretexto. Por eso otras teorías, más empapadas en los métodos de las ciencias naturales, negaron ya hasta la misma existencia del alma, entre las cínicas risotadas de Rabelais y Voltaire, de Swift y de Guefroid, mientras por otro lado Kant la 'desvaneció con su abstracción y Fichte, Schelling y Hegel, no sabiendo en realidad qué hacer con ella, la arrojaron, como gota de agua, en el piélago del Sér Infinito, al par que los fundadores del espiritismo la condenaran á esclavitud perpétua, destinándola á recibir, de astro en astro y de tiempo en tiempo, las cadenas de la materia que, aherrojándola durante largos siglos, fueran por fin fundidas con el fuego purificador de las torturas de sus múltiples vidas.

Un dilema temible, tristísimo, que desde entonces no fuera atacado con bríos, obstruye el paso progresivo de

la ciencia, en cuyo campo, asolado por la guerra intestina de escuelas, no se puede pisar sin ampararse á una bandera que no siempre á la gloria conduce: el que se atreva á ser observador noturalista casi ha de renunciar á las doctrinas más ó menos escolásticas, en cuyo fondo brilla la indiscutible sublimidad de Cristianismo, ó ha de ser filósofo espiritualistas de esta ó la otra creencia, pasando quiza por el ridículo, é inutilizando aquella fuente cupiosísima de la investigación experimental que ha inundado de verdades los campos de todas las ciencias.

Además, al intentar el primer paso en Psicología y queremos dar cuenta de la verdadera diferenciación de las llamadas facultades del espíritu, tócase en el escollo donde todas las escuelas zozobrarán, por que lo que empezara en ellas cual conatos de observación, pasa muy pronto á ser puro raciocinio, y la razon del hombre, hasta el presente, sólo ha podido encadenar en absoluto los meros raciocinios, para construir edificio incommovible, en las ciencias que, como dice Vico, son creación y obra exclusiva suya, esto es, en la lógica y en las matemáticas, y el error inveterado en Psicología, hijo de aquellos tiempos en que las ciencias naturales no existían, ha sido el creerla hermana gemela de la lógica, bajo pretexto de que la una era ciencia de todas las facultades anímicas y la otra ciencia encargada de guiar la marcha ordenada de una de ellas, que es el raciocinio.

Y en verdad, aunque sea innegable que entrambas ciencias mantienen relaciones muy íntimas, ésto nada tiene de extraño, ni autoriza para considerarlas gemelas y someterlas á los mismos métodos, como hasta hoy se ha hecho,

porque no debe perderse de vista que la lógica, la ciencia matriz, el *organum* de los sabios antiguos, es el nervio de las ciencias de la cantidad, de la extensión y de la fuerza, que integran el gran tronco matemático, y el nervio también de las investigaciones naturales y físico químicas, ni más ni menos que de las especulaciones morales, sociológicas y ontológicas, sin que por ello se haya pretendido nunca someterlas á la misma disciplina científica.

Nadie pondrá hoy en duda, aunque sí se puso en otros siglos, que la Ciencia biológica es genuinamente natural ó experimental, pues todas sus riquezas y sus glorias todas las ganara con la experimentación, y es la misma Ciencia biológica la llamada á traer á su debido lugar la descarriada Psicología.

Resaltando en los tratados de Patología humana véanse las enfermedades nerviosas, que en su gran mayoría hacen tanta referencia al espíritu como al cuerpo. De la anemia cerebral, la epilepsia, la eclampsia, las afecciones de la médula, el histerismo, etc., bien puede decirse casi siempre, que son enfermedades contraídas por el cuerpo, pero sufridas por el espíritu, por que cuerpo y espíritu se identifican, hasta donde lo permite su naturaleza distinta, en esos senos recónditos de las masas encefálicas, donde el mismo instinto natural y el común sentir de los hombres pretenden referir al segundo.

A todas las grandes aberraciones del espíritu, evocadas por los nombres funestos de locura, insensatez, idiotismo y manías, si bien se investiga, las sigue de cerca una perturbación morbosa que radica en el organismo. Por otro lado, es bien notorio que en la vida normal, á

la manera de como el cerebro simpatiza con el estómago, y el corazón simpatiza con el cerebro, el espíritu refleja en el cuerpo, y le afecta, como viceversa el cuerpo forma un todo integrante con el espíritu.

La misma Ontología, desde las alturas de la Metafísica, coincidiendo en ésto con las ciencias antropológicas, no se cansa de estudiar el supuesto ó persona bajo aspecto tan integral, como científico, por encima de la dualidad hoy poco discutible de lo psíquico con lo físico.

Nunca vemos, pues, al cuerpo sin hallar la huella del espíritu, que á él íntimamente se liga, y no obstante de que algo muy esencial, que no es para pasado de ligero, los reúne, intentad poner una al lado de otra la Ciencia biológica que se refiere al cuerpo vivo y la Psicología de hoy mejor dicho la de ayer, que toma por mera base de investigación al espíritu y os resultará imposible, porque la contraposición de sus métodos no os consentirá que salveis el abismo que media entre las dos.

La una observa, experimenta, analiza y, generalizando luego, sienta hipótesis que pronto tiene que desechar ó que ascienden más tarde, con el progreso de la investigación, á la categoría de verdades indiscutibles. Nunca se detiene, siempre avanza, pero jamás termina, y sólo después de atesorar mil y mil observaciones los ataca prudente con las fuerzas del raciocinio.

La otra, en cambio, desde luego, como si la inteligencia humana que ha de investigarla no fuera la misma que allá, en ciencias más fáciles, todo lo necesita, cierra los ojos; se tapa los oídos; no quiere ver delante ni aun á la misma imaginación, con sus *fantasmas sensibles*, que

por algo, aunque ella los crea un mal, se le presentan siempre en las operaciones intelectivas, y allí, sin memoria, sin fantasía, sin las demás potencias integrales del alma, frente á frente de la nada, en los ámbitos vacíos de un santuario mentido, que en momentos de orgullo se alzara para prueba de su propia impotencia, se halla el rincón obscuro, único sitio donde, para elaborar la falsa Psicología, puede trabajar un tanto el lento y perezoso raciocinio.

No son éstos, no, los verdaderos métodos psicológicos, al empezar la investigación al menos.

Si el espíritu es algo distinto del cuerpo durante su unión con él, integrando el todo que se llama humano ser, sus leyes deben ser *integrales*, es decir, comunes á entrambos, y si la característica del hombre es la vida, la Psicología debe antes que nada ser ciencia biológica y debe, como tal, recibir sus primeras nociones de la Histología, que evidencia la más íntima disposición anatómica, ya normal, ya patológica, de los elementos vitales (célula, tejido, órganos, aparatos y sistemas); de la Fisiología, que patentiza las funciones vitales concordantes de los mismos; de la Química biológica, y sus preliminares de Química orgánica é inorgánica, que con el estudio de las complejísimas moléculas que integran á las diversas células viene á ser para la Histología, algo de lo que ésta simboliza en el estudio anatómico, algo que, si vale el pleonasma, podemos llamar Histología estequiológica ó de los elementos celulares al par que Fisiología estequiológica en lo relativo á sus reacciones.

Si, por el contrario, y elevándonos muy por cima de

los actuales sistemas, el tradicional dualismo de cuerpo y espíritu estuviera desprovisto de intrínseca realidad científica, como tantos otros dualismos, meramente provisionales dentro de la pobreza de nuestra ciencia actual, y entrambos no fuesen otra cosa que modalidades de la vibración universal en sus manifestaciones externas (físicas) y condensaciones diversas de la substancia universal prístina (prohidrogenios, éter, materia radiante ó cosa así), ó bien, si llegase el caso supremo de la ciencia, de tener que explicar la materia por el espíritu, más fácil, según H. Spencer, que la explicación inversa de éste por aquella, la enormidad de partir de métodos antagónicos para el estudio de entrabas realidades subiría de punto, demostrando lo vano de cuantos esfuerzos ha realizado la humanidad desde los griegos para resolver un problema por caminos opuestos á los que su solución facilitan. Y de dualismos ó pluridualismos (antagonismos) ya felizmente desterrados de las ciencias, tenemos ejemplos infinitos, v. g.: la pluralidad de fuerzas físicas (calor, luz, electricidad, etc.), ya sustituida por el concepto unitario de modalidades de vibración de una fuerza única; el dualismo electro-químico de los cuerpos simples (metaloides y metales), sustituida por el unitarismo fundado en la dinamidad; el de la materia mineral y orgánica, desterrado con las síntesis de Berthelot, que hacen de ambas químicas una sola, sobre todo si se llega á crear por fin la desconocida química del silicio, verdadera organizadora del reino mineral geológico; el dualismo de calor y movimiento; el de los animales, las plantas y los seres intermediarios; (amibos, microbios, mónadas, esporos, etc.),

respecto á la absorción ó el desprendimiento en ellos de oxígeno, si se exceptúa en las plantas la función sintética de la clorofila; el dualismo morfológico entre las células nerviosas motrices y las sensitivas, entre los ganglios simpáticos y los centros céfalo-raquídeos; el pluridualismo de los diversos cuerpos simples, que va cesando ante las demostraciones de la unidad de la materia, hasta el punto de que se habla ya de equiparar la evolución astronómica laplaciana y la evolución química, correlativa en el tiempo con aquella y generadora de los sucesivos cuerpos tenidos hoy por simples, etc. etc.

El dualismo es un criterio científico importantísimo dentro de nuestra limitación, como único medio de hacer resaltar en los objetos que se estudian modalidades ó atributos contrapuestos en apariencia, pero todo buen dualismo debe terminar en acabado unitarismo, coronador de toda labor sintética perfecta. Si Dios es uno, el Universo es uno también: una su materia; uno su plan; una su fuerza; una su ley y uno su destino.

Nosotros, sin querer prejuzgar el problema, todavía falto de datos previos, de la distinción ó unificación entre cuerpo y espíritu, pues haríamos un trabajo de escuela, emplearemos estos conceptos como diferentes en el curso de la obra, tanto por el estado actual de la ciencia, que está muy lejos de poder equipararlos, como porque tal dualismo, aparente ó real, entraña en sí un principio de análisis de suma importancia para la investigación.

Terminemos consignando la necesidad hoy sentida de operar la *selección intelectual*, precedente obligado de la gran síntesis psicológica que se anuncia, diciendo con

González Serrano para completar el cuadro de la ciencia actual:

«Ha sustituido á la consideración descriptiva de los fenómenos empíricos (Psicología escocesa), y á la producción externa en serie de estos mismos fenómenos (Psicología de la asociación), el examen minucioso y detallado de la Psiquis.... De tal evolución son elementos integrantes... los valiosos estudios acerca de las manifestaciones de la energía anímica en el hombre prehistórico y salvaje (Lubbock y Tailor), los rudimentos iniciales de fenómenos semejantes en los irracionales (Psicología de las bestias de Reimarus), más acentuados en la infancia del hombre (Psicología de los niños de Kausmal, Taine, Egger, y B. Pérez), más complejos en el *consensus* que supone la diversidad de factores de las razas humanas (Psicología etnográfica de Waitz, Gerland, Gobineau y C. Royer) y por último más condensados en la síntesis, inherente al espíritu colectivo (Psicología de los pueblos de Stheintal y Lazarus). Cual remate y cúpula de esta idea dinámica y de este *processus* vivificador del mecanismo estático, que con su error primitivo detuviera por tiempo indefinido los progresos psicológicos, se anuncian en el momento que corre, intentos muy dignos de ser mencionados, en lo que toca al génesis que sirve de eje principal al desarrollo de la Psiquis (Psicogenia de Siciliani).... Movimientos concurrentes que no pueden pasarse en silencio son... la Psicología matemática de Herbart, con su Estática y Dinámica espirituales, la Psicología fisiológica y médica de Lotze, recuerdo lejano de la Monadología de Leibnitz, las Monografías de la Psicología mórbida

(Enfermedades de la memoria, de la voluntad y de la personalidad de Ribot, El sueño y los sueños de Maury y El dolor, los venenos de la inteligencia, el histerismo y los endemoniados de Richet), la Psicología del éxtasis de H. Mayo, la del esfuerzo de A. Bertrand (eco de la Filosofía con anhelos dinámicos de Maine de Biran), la ciencia del carácter ó Etología de St. Mill, la Fisiología de las pasiones de Letourneau, la Psicología del genio de H. Joly, la Fisiognómica de Lemoin y Darwin y la Psicología estética de Benard y M. Schasler. A veces desviada y en ocasiones en completa coincidencia con estas direcciones, marcha la imbuída en un sentido mecánico por la Psicología realista (Hartsen y Sierebois), hasta terminar en la Fisiología del espíritu (Mansdley) en la Psicología como ciencia natural (automatismo de Delbœuf), en la Psicología celular (O. Smith y Hæckel) y por último en la paradoja de la Psicología sin alma, Física del alma ó Antropometría (Mantegazza y Quetelet. Campo neutral y punto de cita para todos estos obreros del progreso psicológico están siendo hasta ahora cuanto se escribe... bajo la denominación genérica de Psicofísica (Weber, Fechner, Duhring, Delbœuf, y Tannery). De toda esta vegetación frondosa y tropical en que aparece la literatura psicológica, surjen, como residuos condensados, las audacias geniales de las nuevas inducciones, basadas en lo inconsciente, que son el punto de partida de la Metafísica empírica del Monismo (Hartmann, Hæckel y Wundt).»

Capítulo II.

Observación psicológica y esbozo del método dialítico

PAS rápidas consideraciones que preceden, revelando la posibilidad de nuevos métodos, hasta hoy poco ó nada aplicados en la ciencia psicológica, mueven el ánimo á preocuparse seriamente de si existen medios hábiles para utilizarlos de lleno y con fruto en la observación é investigación de los grandes problemas del espíritu, como parece presentirlo ya el movimiento filosófico contemporáneo, que tiende á emplear procedimientos experimentales en las ciencias del espíritu.

Dando por buena la demostración que habrá de venir á su tiempo, sentemos el postulado de que semejante aplicación sea factible. La manera de proceder no será nueva ni difícil, porque en las ciencias naturales estamos aprendiéndola á diario, y es la misma á que dieran la preferencia Newton, Linneo, Cuvier y demás grandes observadores de las ciencias del Universo sensible.

Atesorar hechos por la observación atenta y minuciosa es la primero; lo segundo analizar esos mismos hechos

al tenor de los severos principios de la lógica, empleando, hasta donde las dificultades lo permitan, el método más perfecto de análisis y clasificación que se conoce, método que opone *el sí al no*, lo subjetivo á lo objetivo, lo directo á lo reflejo, la luz á las tinieblas, lo positivo á lo negativo; método de contraposición ó dualista llamado también dicotómico ó dialítico, que el matemático Sylvester aplicara á resolver ecuaciones eliminando las sucesivas potencias de la incógnita, que el botánico Lamarck empleara para cimentar una taxonomía vegetal que permite identificar en brevísimo tiempo la planta más rara; procedimiento, en fin, que permitiera á Berzelius con un elemental aparato del que el método toma su nombre, dar cima á los problemas más difíciles de la Química orgánica, con las sucesivas separaciones de substancias, para cuya disociación los demás medios de análisis resultarían inútiles.

Los pensadores que más apartados se hallan del positivismo no tienen inconveniente en admitir lo que pudiera llamarse *jerarquía de facultades*, que empieza en el sentido del tacto terminando en la inteligencia; y si ésto fuere así cabe hallar momentos especiales en la vida en los que, por causas diversas, pueden sorprenderse en actividad algunas facultades, mientras reposen otras; tropezar con facultades en alguna ocasión objetivadas, y con facultades esencialmente subjetivas, dándonos el criterio de una primera diferenciación indiscutible, y fijándose un jalón en la serie de las investigaciones sucesivas.

Algo de ésto es lo que hace el químico con la destiladora, que le permite separar sin violencia substancias ín-

timamente unidas en un mismo material, y con el dializador que le aparta con singular esmero y por su orden las substancias cristaloides de las coloides, y algo también semejante verifica el geómetra cuando estudia las formas inaccesibles del espacio por sus proyecciones sobre el plano de observación. Colocados frente á frente, en el Universo, la materia y el espíritu, nada tiene de extraño el que cada uno refleje á su modo algo del otro.

Seductora es en alto grado la idea de la observación directa y consiguiente experimentación indirecta de las facultades en los felices momentos en que funcionen con relativa separación.

Poco ó nada práctico sería observar para ello la sola realidad, que observándose viene poco ó mucho desde el primer día de la ciencia, sin lograrse el fruto que había derecho á esperar, ya que éste no ha sido otro que la discordia y la duda. Además, tratándose de la sola realidad, faltaría todo criterio comprobador que no fuera de la realidad misma emanado.

La observación humana no deja de tener sus dificultades, tanto en el ensueño como en la vigilia, pues, como dijo Voltaire, para nada se necesita más filosofía que para observar los fenómenos que á diario se realizan en nosotros mismos.

Durante la vigilia la tarea de las facultades humanas es sintética, y como tal menos adecuada para los trabajos analíticos.

Desde que dejamos el lecho hasta que á él volvemos, ávidos de descansar de las fatigas del día, no pasa un momento sin que entren á la vez, por las puertas de los

sentidos múltiples impresiones que ponen en juego al mismo tiempo la fantasía, el raciocinio, la memoria y la voluntad. Es tan rápido el girar de las ruedas y engranajes del alma que la vista escrutadora de la ciencia no puede seguir las en su raudo movimiento. A la manera como el momento menos oportuno para hacerse cargo de una moderna *rotativa* es aquel en que, vertiginosa, realiza la tirada de los miles de ejemplares de un diario, la ocasión más desfavorable para un análisis detenido y perfecto del misterioso mecanismo del espíritu es, sin duda, aquella en que todas las facultades, siguiendo una ley natural, se preocupan por asimilarse, en sus respectivas esferas de acción, cuanto emana de la realidad exterior.

Cuando las ideas se agolpan al cerebro y la voluntad está solicitada por los sentidos, por los nervios y por la acción general psicofísica, cuando el aleteo de mariposa de la inquieta fantasía lleva aquí y allá al espíritu, sin darle tregua ni descanso, no es la hora de analizar, sino de sintetizar lo antes analizado, para comprobarlo; y si, con el fin de eludir la dificultad, se opta por abstraer y generalizar, apartando por inútiles facultades y sentidos á cual más preciosos para el propósito perseguido, ya no es la realidad exterior, pura y genuina, la observada, es una realidad irremisiblemente falsa, porque para remover el obstáculo de la investigación, en vez de hacerlas cooperar á todas, ha rechazado con desdén el valioso auxilio de las múltiples palancas del espíritu, ha dejado una facultad sola, y hasta va en contra de las mismas leyes naturales, porque, aunque quiera, jamás se le

quita de delante la fantasía á quien en vano, con esfuerzos violentos, tratara de encadenar.

Cosa bien distinta sería traer primeramente de otra parte que no fuera la vigilia, esto es, del ensueño, la materia de investigación, apurar su análisis, y una vez apurado, parangonar en lo posible éste con aquella, intentando su propio análisis que, como superior, á primera vista nos resulta imposible, y lo fuera ó no, emprender valerosamente los trabajos sintéticos, que de mostrarse concordantes con los de análisis darían á los resultados firmeza lógica indestructible.

A cambio, en efecto, de lo que sucede en la vigilia, el ensueño—*le rêve* de los franceses—con sus facultades dormidas y sus facultades medio despiertas, con sus ideas y voliciones á su manera, pero delicadas, características y aisladas de la realidad exterior que lucha con las manifestaciones puramente psíquicas, ha de proporcionar, como se alcanza á primera vista, ocasiones sin iguales para la observación.

Ha de ser á la manera de la destiladora y el dializador antes dichos esta observación, por cuanto desde el reposo absoluto, en que no se desarrolla otra vida que la vegetativa, hasta el último ensueño de la mañana, ó el violento sacudir de terrorífica pesadilla, median infinitos grados en los que, ora se siente, ora se conciben ideas, ya, en fin, se reproducen escenas de la vida real, más ó menos alteradas por la falta de contrapeso de la realidad ó por la atonía de cualquiera de las diversas facultades ó modalidades del alma.

Así, siguiendo el símil, un ensueño ligero, de esos de

delicados perfiles que se borran más pronto que desvanecerse pueda en el aire el azulado humo de un cigarro, y en el cual las facultades activas parecen ser las más in-materiales, es á modo de una substancia volátil, la menos ligada, la primera en separarse del *material* de aquella observación. Si con esmero pudiéramos apreciarle, sin que ni un detalle se nos perdiese, acaso allí veríamos al alma en los ámbitos infinitos de la eternidad, muda, sola, casi muerta, si morir pudiera para la vida suprasensible, porque sus remos activos de imaginación, memoria, afectos etc., están esclavizados por el cuerpo y cual él dormidos, escapándose apenas de sus prisiones á modo de ténue surtidor de un éter que vuela al espacio en los primeros instantes de la destilación.

Otro sueño más significado, más pasional ó movido, si cabe decirlo así, al detallar mejor sus perfiles como objeto muy iluminado ante la cámara obscura de nuestras investigaciones, se suele humanizar también muchísimo más, asemejándose á la realidad viviente y, valga la frase, como menos volátil destila con más dificultad, más de tarde en tarde, y cual aquella operación química para substancias fijas, necesita más actividad en el fuego, un sacudimiento más fuerte que el ensueño normal, por ser más intensa su acción y afectar á mayor número de facultades antes en reposo. Ensueños, por fin, ha podido comprobar todo hombre, tan rayanos ya en la realidad, que cuesta relativo trabajo discernirlos de ésta, y en los cuales acaso falta sólo, como en el locomóvil pronto á reanudar la marcha, vencer su inercia, mediante un impulso pequeñísimo.

Estos principios generales, aquilatarse pueden con ensueños normales ó anormales, y aun con los delirios y fantasmas de calentura, pero aquí no sólo sería inútil sino hasta perjudicial á nuestro plan, que es el de ligar el raciocinio al hecho, el texto al comentario, hecho y texto que habremos de obtener apoyados en las observaciones de los fenómenos del ensueño, procurando concordarlos con los apreciados en la vigilia.

Capítulo III

Detalles indispensables para una buena observación somnológica

«Estos fenómenos—los ensueños—tan comunes y al propio tiempo tan extraordinarios, se conocen no obstante todavía poco.

La culpa la tienen las personas doctas, que aun no han presentado un tratado completo de observaciones sobre la materia. Con el trascurso del tiempo tendremos esta obra indispensable y con ella conoceremos mejor la naturaleza dupla del hombre.»

Brillat-Savarin. FISIOLÓGIA DEL GUSTO Meditación XIX. De los ensueños.

INDICADA ya en capítulos anteriores la conveniencia de dar nuevos métodos á la vieja Psicología que de algún modo la aproximen á las ciencias naturales, y en especial á la Fisiología de quien es hermana gemela y con quien forma la rama primera del gran tronco antropológico y ensalzados aun menos de lo que merecen los métodos lógicos de observación y diálisis, es tanto más oportuno detallar la parte práctica indispensable para que el lector pueda por sí comprobar la certeza de nuestro estudio, y aun ampliarle, cuanto más difícil de apreciar es y peor interpretado ha sido el fenómeno de los ensueños, fenómeno por el cual, según lo demostrado, y merced á su carácter

menos sintético que la vigilia, debemos empezar nuestras tareas analíticas.

Preocupémonos en serio, acaso por primera vez, de recoger un ensueño que momentos antes de despertar nos pareciera la misma realidad exterior y que tan propensos estamos luego á olvidar como la cosa más despreciable y absurda.

Salvo cuando se trate de ensueños muy especiales, semejante tarea no resulta para todos factible y menos lo es el que puedan lograrlo con la exactitud debida aquellas personas que, poco acostumbradas á las labores de leer y escribir *de cuenta propia*, no se suelen dar cabal razón de un fenómeno interno, hasta el punto de poder describirle, cual da fe un notario honrado de un acto que pasa ante él, sin añadir, quitar, ni cambiar cosa alguna.

La operación de reconstituir de un modo habitual lo soñado con esa paciencia benedictina que exigen las ciencias de observación, paciencia de la que Herschell nos diera gran ejemplo con sus 28 años de observar al Sol día por día, resulta muy difícil, porque no se trata de recordar tal ó cual ensueño de mucho relieve escénico, que raras veces se presenta, sino de formar un cuerpo general de recordación de las escenas á que parece asistir el yo, desde el momento en que termina el reposo absoluto hasta aquel otro en que comienza la vigilia, (escenas que resultan casi siempre envueltas en las brumas de su propia insignificancia), escribiendo luego con ellas un diario minucioso, discreto y sobre todo exacto, algo así como un cuaderno de bitácora de la nave del alma cuando surca el piélago del misterio con rumbos inciertos y desconocidos, cuaderno tanto más importante, cuanto que el timón y la brújula de la voluntad se perdieran á poco de salir del puerto.

Por fortuna, en ésta como en todas las operaciones intelectivas ó materiales, la firmeza de la voluntad y la fuerza de un hábito bien encaminado que no tarda en adquirirse, facilitan los esfuerzos mnemónicos necesarios y hasta suministran reglas que son para tenidas muy en cuenta.

En el momento del despertar, revelado por la aparición de los actos voluntarios y de la conciencia personal frente al mundo objetivo, el primer cuidado del buen observador es hacerse perfecto cargo de que está despierto, intentar enseguida recordar sin vio-

lencia, pero con calculada energía, los puntos culminantes del ensueño y desechar la idea de que va á recordar una cosa fingida, sino más bien cual si tratase de representarse actos de la vigilia.

Es lo general que esta primera labor se haga, no por la pura memoria, sino por la fantasía misma, quien á poco nos pinta algún sitio de los que acaba de visitar el espíritu en sus pretendidas escenas, que tan verdaderas nos parecieran entonces. Si la recordación se hace con normalidad lo que antes era un punto luminoso é inquieto, se va extendiendo como mancha de aceite, y la escena se nos suele presentar á los pocos segundos de la misma manera y con igual perfección que se representan en la fantasía las escenas de una realidad reciente.

Aun, con todo, las recordaciones del ensueño se resienten del carácter general de estos fenómenos, que es el haber sido independientes de la voluntad en absoluto. Por eso no deja de ser frecuentísimo el que, tras largo rato empleado en esfuerzos de recordación tan penosos como vanos, se presente instantáneamente el ensueño cual un paisaje pintado con todas sus tintas en la fantasía. (1)

En el momento de la recordación que es muy culminante y característico, nótase una inercia para la memoria, una fuerza invasora tan grande por parte de la vida real en el campo de los ensueños, que cuesta á veces ímprobo trabajo de repulsión de ella el lograr que las impresiones que la realidad nos aporta, invitándonos á sentir y á pensar, no borren el completo cuadro del ensueño que se ha ofrecido de nuevo á los ojos y cuyas tintas pre-

(1) Tan importantes son estos nimios detalles, que de ponerlos ó no en práctica depende casi siempre la representación de lo soñado, hasta el punto de habernos demostrado la experiencia que si en el momento de despertar abandonamos prontamente y sin pereza el lecho, los ensueños son excasísimos ó nulos. Nadie habrá, en efecto, por propenso que esté á los ensueños, que asegure sueña todos los días, y no obstante las observaciones preparatorias de esta obra no revelan en 18 meses solución de continuidad alguna, apesar de recojerse sin preocupaciones, en perfecta salud é integridad psíquica y, como puede colegirse, en circunstancias bien distintas de la vida, pues durante el tiempo de observación hemos verificado viajes, estudios fatigosos, tenido cansancios, inactividad, diversiones, sentimientos diversos, etc., etc.

tendemos retener. Siempre, por mucho que se combatan tales impresiones externas con la reconcentración del ánimo, se borran perfiles delicados, que de no ser así llenarían frecuentemente las soluciones de continuidad que resultan al consignar el ensueño, presentándose los de cada noche separados y fragmentarios.

Valiéndonos de un símil que creemos exactísimo diremos que el conjunto de lo soñado parece encerrarse en una placa fotográfica y que ha sufrido durante algunos segundos la acción de la luz en la cámara obscura de la fantasía. Al instante de despertar nada presenta aquella, pero en los momentos que subsiguen y durante los cuales el cuerpo despierta con cierta lentitud, trata de aparecer el ensueño con igual suavidad que las tintas de la placa aparecen al tiempo de la revelación. Si entonces, que es cuando la conciencia del yo también se despierta, no se cuida de fijar el ensueño, ya representado, con el auxilio de la atención y de la memoria, oponiendo al par las fuerzas de la voluntad á los embates cada vez más avasalladores que llegan desde fuera, el fantástico cuadro se borra como cliché que se ennegrece al recibir la acción intempestiva de la luz. Si, por el contrario, conseguimos fijar el ensueño, aunque sólo sea en sus puntos capitales, es tarea relativamente fácil reconstituirle con esmero singular y ya, una vez que ha pasado de la vida fantástica interna á formar parte de un recuerdo integrado en plena vida real, puede exponerse el cliché á la luz, es decir, pueden evacuarse otras atenciones de la naciente vigilia, aunque así como aquél no queda fijado por completo si no se lava para quitar todo resto de capa sensible no herida, estos recuerdos y escenas corren peligro de adulterarse ó perderse sino se consignan pronto, hasta el punto de que sería imposible en la mayoría de los casos, el reconstituir nada de vigilia á vigilia, á menos de repasar con frecuencia el recuerdo, como un niño la lección que ha de dar en la escuela. Y aun diríase que entre el ensueño y la realidad que subsigue reina tal antagonismo que ésta parece determinar hacia aquel un profundo desprecio en el espíritu, desprecio que califica ignorantemente como frívolo ó *tonto* su estudio y comparable al que siente el joven hacia la ropa que vistiera en la infancia, ó al del hombre ya sano, hacia el lecho donde convaleciera, como si el fenómeno somnológico se encaminara á despojar á la fantasía de un

detritus de ya rancias realidades, corteza del arbol de la vida que el progreso biológico desecha por inútil, sustituyéndola por una nueva corteza.

Al emprender con científica fe el estudio de los ensueños todos nos parece confuso.

Tan inveterada es la rutina de considerar sus fenómenos, aunque naturales, misteriosos, que pensadores bien ilustres han retrocedido llenos de pavor ante la densidad de sus tinieblas que contrastan con las alegrías del ánimo sereno en la vigilia. Otros han rechazado con desdén su estudio, creyéndole en alto grado baladí y sólo algunos fisiólogos y alguno que otro cultivador de la ciencia espiritista han tenido el buen acuerdo de ocuparse de ellos, considerándolos dignos de serias meditaciones, pero al llevar ciertos prejuicios de escuela y emplear métodos poco sistemáticos se han visto extraviados en sus loables investigaciones. (1)

Los escasos frutos hasta aquí logrados demuestran que existen sobre el particular grandes dificultades para pasar el puente que lleve al filósofo desde los disparatados conjuntos que resultan de los ensueños cuando el papel se los traslada, á las puras esferas de los principios científicos.

Luego de recordados los sueños, ¿cómo disponernos pues,

(1) Uno de los que mejor han estudiado en nuestros días algunos de los singulares fenómenos de los ensueños ha sido Ph. Tissié en su obra *Le rêve*. Distingue el ensueño en fisiológico, patológico é hipnótico. Parte de la distinción poco biológica de *yo sensorial* y *yo esplánico*, parecida á la distinción entre lo consciente y lo inconsciente que más adelante nos sirve de base para la diálisis de la intuición y el raciocinio. Dicho libro, muy deficiente bajo el aspecto psíquico de los fenómenos del ensueño, es, en cambio, un precioso tratado de los mismos bajo el aspecto puramente orgánico y atesora numerosas observaciones que hemos podido ver comprobadas con las nuestras, practicadas antes de su lectura, al echar las bases del presente libro. El autor se hace cargo de las diversas y fingidas representaciones visuales, auditivas, etc., de las asociaciones somnológicas de ideas mediante analogías ya de palabra, ya de lugar, tiempo y espacio, é igualmente de las influencias que la confusa sensibilidad interna pueden comprobarse sobre el argumento del ensueño, hasta el punto de poder determinar, sin otra causa, verdaderas alucinaciones. El defecto capital del libro es, á nuestro juicio no elevarse sobre el nivel de sus observaciones haciendo cuerpo de doctrina, y resentirse por tanto de *organicismo* que diría González Serrano.

para una fructuosa observación que sirva de material para los análisis.

Dada la fuerza absorbente de la realidad sobre los ensueños, desde el momento en que despertamos comienzan á borrarse, con análoga rapidez que la luz borra un cliché revelado y no fijado aún. Inútil es encarecer al observador que proceda á consignarlos por escrito á poco de levantarse, antes de que la mente los olvide por preocuparse con objetivos distintos. (1)

Del mismo modo que en las demás ciencias naturales, debe llevarse un diario de observaciones (2). En él, consignada la fecha de la noche observada, conviene expresar, para juzgar cuando sea preciso, del estado presunto del cuerpo y del espíritu durante el fenómeno, cuáles han sido las tareas predominantes del día, en especial las de la noche, la clase de alimentos consumidos en la cena, el estado general del ánimo y la hora en que se ha despertado el observador. Conviene también consignar el estado atmosférico, entre otras razones de alta importancia, para apurar bien las apariencias de la luz, inseparables como veremos luego de las nociones del tiempo y del espacio durante los ensueños, y que parece relacionarse con la presión atmosférica.

Después, en párrafos numerados, cuya separación se determina como en el teatro por los cambios de lugar, de personas ú otros análogos, se transcribirá el ensueño en la forma más exacta y más detallada posible, sin olvidar ni las semínimas, haciéndolo de tal modo que si llegar pudiera á manos de un artista encontrarse todo lo necesario para trasladarlo al lienzo.

En esta misma labor nótase enseguida que el ensueño como todo suceso real ó imaginado, es eminentemente sintético respecto de sus descripciones por escrito, no obstante ser, según pronto veremos, eminentemente analítico respecto de las anteriores vigili-
lias, cuyos recuerdos baraja á su manera. Esta especie de análisis del ensueño que, por modo inconsciente viene á hacerse cuando

(1) En efecto, siempre que nosotros hemos dejado de hacerlo así por circunstancias de momento, los hemos visto perder su relieve, olvidándose algunos por completo después de bien recordados á su tiempo, sin que dieran resultado los más empeñados esfuerzos de recordación.

(2) Este diario ha de ser sincero y reservado por razones sociales fáciles de comprender.

se les describe, en lugar de perjudicar, como en otros estudios, perjudicaría, favorece las ulteriores investigaciones de un modo extraordinario, porque al separar las partes del mismo, que antes se mostraban inseparables en la mente, viene á resultar, como en el microscopio, una considerable amplificación de las imágenes, con la que se revelan detalles interesantísimos macroscópicamente invisibles. Pero como á veces el fraccionamiento del ensueño general de la noche en párrafos distintos pudieran no responder á su propia índole ó á sus naturales observaciones, conviene no abusar del procedimiento de división, y consignar frases que puedan revelar las conexiones, siempre que se muestre algún indicio de continidad entre ellos (1).

Por modo tan sencillo las observaciones quedan en disposición de recibir tarde ó temprano el método analítico, porque de un lado se ha fotografiado, valga la frase, el ensueño, y de otro se ha deshecho en lo necesario la burda trama de sus quimeras que tanto le hicieran desmerecer á los ojos de todos, y se lleva cada vigilia anterior lo que de hecho la pertenece reservando á la luz de la ciencia, que ha de venir luego á iluminar sus tinieblas, el

(1) Da excelentes resultados encerrar entre comillas el relato ó descripción del ensueño, intercalando en él cuantas ideas aclaratorias se ocurran, con tal que se cuide de diferenciarlas, por medio de incisos ó paréntesis, de aquellas otras ideas ó detalles procedentes del período del sueño que se transcribe.

El papel del cuaderno debe llevar dos márgenes, una ancha para consignar los referencias de uno á otro ensueño, su carácter distintivo, las ideas sueltas inspiradas por ellos, etc. y otra margen estrecha, imprescindible, donde con números puedan apuntarse enseguida las referencias bien caracterizadas que el contexto del ensueño tenga con la realidad exterior, ya que la parte principal de él es siempre una miscelánea de recientes vigiliias.

Nada más práctico que representar estas referencias por números. Así la cifra (1) expresará que en la frase del ensueño al lado transcripta se ha identificado el recuerdo de una imagen, una idea, ¡un detalle, del día que precediera á la noche del ensueño transcripto; la cifra (2) indicaría que esta imagen ó esta idea es de dos días de fecha retrospectiva y así sucesivamente. Mas, como pudiera ocurrir que la realidad exterior saltase de un modo parcial e inadvertido la barrera del ensueño. de aquí la cifra (0) para indicar que se trata de una referencia simultánea del ensueño (reflejo inconsciente) también puede diferenciarse si se quiere el día de la noche que antecede á la observación con el símbolo (1/2), aplicado á esta última.

Una vida metódica y bien calculada facilita sobre manera estas operaciones de confrontación del ensueño y de las vigiliias que le anteceden.

atento estudio de aquellas conexiones, tan en pugna con los sucesos naturales de las vigiliass que le precedieran, para, en definitiva, poder preguntar con imperio al espíritu por qué ha combinado en sus momentos de aislamiento de todo lo externo cosas tan heterogéneas y de tan múltiples referencias, y cuál sea la causa de que él, que tan ordenado es cuando la realidad objetiva le sujeta, es tan desordenado, al parecer, cuando se le deja abandonado á sí propio, como si sus leyes, no sólo fueran distintas en una y otra ocasión, sino que tuviera especial prurito en emanciparse de la noción del tiempo durante el ensueño, esclavizándose, en cambio, á las nociones del espacio.

Capítulo IV

El Sol y el Espíritu.—La vigilia.—El reposo.

—Sus crepúsculos

EL orden con que se suceden el día y la noche sobre la superficie de nuestro planeta, parece tener en la vida del hombre una admirable correspondencia, ya que no en vano el Sol es principio vital del Universo.

Cuando despertamos tras un sueño tranquilo, todas nuestras facultades renacen; los últimos recuerdos de la noche se disipan como las brumas de la montaña, cediendo su puesto á las esperanzas del naciente día; el cuerpo está ágil después del descanso, el espíritu, como el pájaro que salta de rama en rama saludando al nuevo sol con sus trinos, deja las regiones de la quimera, tiende sus alas en los horizontes de la vida, recibiendo raudas impresiones de los sentidos que hace poco dormían, y el hombre reanuda sus trabajos habituales, como la Naturaleza entera parece reanudar los suyos, bajo los rayos

del gran astro que derrama sobre ella sus inagotables energías mecánicas, físicas y químicas.

El Sol avanza en su carrera y con él las tareas del día; acércase á su ocaso, desaparece luego extendiendo la noche su manto, y la vida de los vegetales como la de casi todos los seres del reino animal, parece que se aletarga al faltar las excitaciones de la luz. Los animales nocturnos empiezan entonces las suya y de aquellos seres que ha poco se alegraran con la aurora del nuevo día, sólo queda en pié el hombre, imagen de la Divinidad, que puede aun alzar su frente á los cielos, para admirar las sublimes tristezas del crepúsculo vespertino y extasiarse luego ante las miriadas de los soles del abismo cerúleo.

También el hombre precisa rendirse al fin á las leyes de la vida ya que, cual las cantidades variables matemáticas, ha de tener sus máximos y mínimos. La necesidad cada vez más apremiante del reposo le paraliza los nervios, le embota los sentidos y se le impone con fuerza avasalladora.

Pero el alma humana, más admirable en su pequeñez que el astro rutilante del día, tampoco puede sepultarse en el sueño, ni reaparecer puede sin crepúsculos. A la manera de una revelación misteriosa que le hiciese comprender que ella no muere como muere el día, su crepúsculo vespertino, que al reposo completo la conduce, nada tiene de triste sino que es tranquilo, cuando ella está tranquila, acompañándole dulce sensaciones de bienestar, tanto mayor cuanto más intensas han sido las fatigas del día.

Cuando el hombre se entrega al descanso no tardan

en relajarse todos sus músculos, y esta relajación va interesando á los nervios periféricos, tanto motores como sensitivos, con esa especie de anestesia natural, suave beleño de los poetas. Los párpados se cierran; la obscuridad impone á entrambos nervios ópticos inanición forzosa, pues que cumplieron ya su cometido en la vigilia, como los del olfato y los del gusto; el tacto se desvanece con cierta general voluptuosidad, apenas si vigila un momento más el oído, que por brève tiempo hace la centinela, se recuerda poco, ya no se raciocina, y las impresiones culminantes del día, atesoradas en las profundidades del cerebro, fluyen suaves, casi desvanecidas en sus perfiles, como si la voluntad, que antes les encadenara poco ó mucho, empezara á perder su influjo sobre ellas entregandolas después, á sí mismas. Incolora é indescriptible neblina embarga todo el ser..... es un poquito de humo de la fantasía que se desvanece la última:..... un instante después el hombre está dormido.

¿Qué es entonces la persona humana? ¿Ha muerto un momento para la vida, remedando el día acaso no remoto del eterno sueño? Dormidos los sentidos, dormida al parecer la mente, con su razón, su memoria, su voluntad y su fantasía, dormido, en fin, todo lo que en el hombre no vejeta y hasta postrada un tanto la vida vegetativa, ¿es el cuerpo una planta cuya savia sanguínea circula en un tronco casi inerte del que ha poco irradiaran supremas energías psíquicas? ¿Es un ser el más bajo en la escala zoológica del que puede decirse que existe y que casi no vive, ó es el augusto santuario del alma velado al exterior por la pasajera postración de los sentidos y al ex-

terior por genuinas atonías de las facultades superiores, del cuerpo dependientes, ó al cuerpo encadenadas?

.....
.....
Respetemos por el momento esa inanición sui géneris en que yace el hombre cuando duerme, verdadera noche de su espíritu bastante más breve que la noche del día. Siguiendo nuestra general ojeada vemos iniciarse á las pocas horas una reacción en diverso sentido.

Semejante á una nueva creación, de los ámbitos misteriosísimos de la nada y del no ser vagos é inconexos perfiles resurgen ante el alma, á quien siempre encuentran despierta aunque inactiva. Las facultades psíquicas, que aparecieran en el sueño perdidas y amontonadas en la vigilia, se desdoblan entonces, encontrándose frente á frente el yo y la fantasía, mónada, simplicísima el primero, mundo gigante la segunda donde no tardan en desarrollarse gradualmente escenas tan ficticias como verdaderas resultan á los ojos del espíritu, á quien, faltándole todo lo que en la vida real le caracteriza, nada le falta en los imaginarios argumentos del ensueño que le absorbe y le domina.....

He aquí el crepúsculo matutino del alma, que suele anticiparse á la aurora sonriente del día tiñiendo de arreboles los cielos de la fantasía y difundiéndose por el organismo cual los rayos del sol material que ya se acerca tiñen las altas regiones de la atmósfera, esparciendo en la naturaleza la luz y la alegría.

Como el día nace al fin de la lucha de esta luz que llega con las tinieblas que huyen, la vida real no tarda

en resultar tras las excitaciones generales que engendra esa especie de antagonismo del yo con la fantasía que lentamente va interesando á todas las facultades dentro del organismo aun velado á las impresiones exteriores. La barrera, antes infranqueable entre ellas y la realidad objetiva, empieza á quebrantarse por un lado bajo los embates de las investigaciones motoras, que de dentro á fuera determinan las exigencias de la escena ficticia que se desarrolla en los grandes centros nerviosos y merced por otro al oleaje de impresiones sensitivas que llegan de fuera, ya por el nervio acústico que se va afectando más y más por los crecientes ruidos, ya mediante los nervios sensitivos del tacto, ya, en fin, por el mismo nervio óptico, á cuya retina llegan furtivos rayos de luz.

El hombre ha despertado: torna á ser el que fuera antes de dormirse y su conciencia psicológica tremola victoriosa, dominando con la voluntad puesta ya en juego, sobre unos sentidos recorfortados y unas facultades activas.

Capítulo V.

El fenómeno del ensueño en general y primera diálasis de las facultades del espíritu

VANA tarea sería la de pretender encerrar en un acabado conjunto la descripción de esos horizontes misteriosos de los ensueños, donde el espíritu, terminado el período culminante del reposo y aprovechando las horas que aun restan de postración al cuerpo, empieza á vivir una vida muy suya, por cuanto de él nace al parecer, para él es y en él revierte.

Tras ligeras molestias con que de ordinario reflejan las masas encefálicas los primeros movimientos del ensueño (1) un encantado velo empieza á descorrerse insensi-

(1) Estas ligeras molestias son comparables á las que se nos insinúan cuando pasamos de una posición cómoda á otra que no lo es tanto. Por su insignificancia y profundidad suelen pasar inadvertidas, pero pueden llegar á dejar la huella de un recuerdo cuando por cualquier causa el cansancio cerebral y su postración son mayores, cuando el cerebro está medio dolorido, como sucede también á los demás órganos fatigados si se los obliga á nuevo ejercicio. Coincidiendo con estas primeras molestias iníciase el ensueño con ciertos asomos de abstracción y de raciocinio, sobre todo cuando las preocupaciones de la anterior vigilia han sido sobre materias abstrusas, en las que

blemente ante el espíritu para quien nada es en aquel instante el tiempo que acaba de transcurrir y que le hallara sumido en especial atonía.

Es un ser nuevo, antes desconocido, el espíritu, ser que, con ojos que no son los ojos del cuerpo, mira y advierte en derredor suyo un mundo exterior, verdadero en apariencia, más en verdad fingido, que espontáneamente se mostrara con casi todos los detalles de la vida real. No se detiene el espíritu á interrogarse con ese—«¿Dónde estoy?»—que caracteriza á las turbaciones del ánimo en momentos anormales, sino que el resultar envuelto en la escena del ensueño nunca llega á extrañarle. Se encuentra en ella porque sí, como la cosa más natural del mundo, cual si se hallase realizando interesantes diligencias, ni más ni menos que en las circunstancias ordinarias de la vigilia, y sin darse cuenta asiste á su propio desdoblamiento.

No es un mero cuadro mejor ó peor pintado el que tiene delante el espíritu en el ensueño, es un remedo, á veces perfectísimo, del mundo exterior en el que toma siempre parte muy activa y á cuyo trabajo no han sido las apariencias visuales las únicas en concurrir desde fuera, sino cuantas representaciones resultan atesoradas allá

ha jugado poco la fantasía, facultad que sólo en segundo término y como para dar fondo al cuadro *estereotipa* un sitio cualquiera, donde parece nos hallamos entregados á nuestras propias abstracciones; pero el trabajo somnológico de entonces es vago, inconexo, heterogéneo: operación sin operar nada; acción como de meditar sin nada en que ejercerla, único fruto de tal tensión, que si se hace más intensa llega á despertar fatigosamente al individuo y que normalmente marca en las personas de edad madura el primer período del sueño. Lo ordinario es que terminen sin que el individuo llegue á despertar y entonces el ensueño se acentúa y toma caracteres definidos, desplegándose el rico manto de la fantasía.

dentro con cargo á todos los sentidos exteriores y á todos los sentimientos anímicos. Hay, desde luego, un espacio con objetos reales de plástico relieve, con las tres dimensiones geométricas, nota característica de una completa perspectiva, mejor que la que representar pueda el pincel más experto. Una conciencia personal, vaga noción bastante diferenciada de la que se ofrece en la vigilia, parece absorta y embobada, consagrándose con todas sus fuerzas á percibir las ficticias impresiones de la escena para apropiárselas fatalmente en el acto, sin las vacilaciones ni distinguos propios de la libérrima acción de la voluntad en la vida normal, é identificándose hasta tal punto con ella que si es agradable puede alcanzar las deliciosísimas titilaciones del éxtasis y si desagradable jamás llega á conseguir la realización ilusoria de los actos instintivos ordinarios en la vigilia, de pretender cerrar los ojos, taparse los oídos, escudarse con algo ó huir, lo que en ciertos momentos de pesadilla determina angustias tan horribles que difícilmente se la igualan los más desgarradores sufrimientos del cuerpo. De seguir así el individuo algunos instantes más sin despertar para cerciorarse de la quimera, la muerte más irremediable sobrevendría.

Las perspectivas son tanto más perfectas cuanto que siempre las acompaña la luz. Ora es la de un hermoso día de sol, ora la de un día nublado y melancólico. Tan pronto se esparcen por los ámbitos del fingido espacio las últimas tintas del crepúsculo, como es la luz artificial la que alumbra la escena, desvaneciéndose suavemente en las tinieblas, ó es en fin el difuso resplandor de las estrellas. Rara vez, también, un efluvio violáceo, *sui-géneris*,

indescriptible, brota al parecer de hacia los centros encefálicos, envolviendo al ser, por él engrandecido, en los arreboles de una aureola de gloria é inmortalidad de la que participan reflejamente todos los objetos circunvecinos.

Que en las representaciones del ensueño hay algo que se refiere al sentido de la tercera dimensión geométrica, ó sea al tacto, se desprende á primera vista de las innúmeras acciones que durante el mismo creemos ejecutar.

Aquí pretendemos ordenar unos papeles; poner en su lugar las sillas; alargar una mano al amigo que llega con su fisonomía habitual y sonriente. Allí escuchamos que nos llaman desde fuera; remontamos una escalera ó la falda de una montaña; doblamos una esquina, tomando por otra calle perfectamente conocida; nos cobijamos bajo un árbol ó bajo un paraguas, para preservarnos del sol ó de la lluvia; participamos gozosos de éste ó aquél banquete; aplastamos con el pie un insecto, ó cojemos éntre la hierba del campo la más diminuta florecilla. Acullá perseguimos á todo correr supuestos enemigos ya vencidos; cruzamos en ferrocarril una comarca entera ó nos vemos sorprendidos con el don de volar como las aves, hendiendo el aire con dulce y pasmosa velocidad; y en todas partes de la escena personas que llegan para decirnos cosas, ya sensatas, ya inverosímiles, y personas que se retiran; seres queridos y rivales odiados; cosas, sucesos que nos llaman la atención de un modo poderoso, mientras otros desfilan incidentalmente y como en penumbra.

El riguroso análisis de tales fenómenos los muestra como un extravagante mosaico de las impresiones sensi-

tivas, imágenes, ideas y recuerdos de días anteriores. Considerando punto por punto los detalles de él, todos, absolutamente todos, tienen exacta concordancia con mociones análogas experimentadas en diversas vigili- as. Su exactitud es de detalle, su extravagancia resulta del conjunto, como si los diversos músicos de una orquesta, bajándose el director de su puesto, comenzaran á ejecutar con todo esmero y simultáneamente cada cual composiciones distintas, que si en detalle resultarían exactas y adecuadas, juntas formarían incoherente desarmonía.

Ningún día deja de traducir alguna impresión externa en los ensueños subsiguientes y por otra parte nada, ni el detalle más nimio, deja de tener en la realidad anterior concordancias adecuadas, como lo hemos visto comprobado en largos meses de observaciones asíduas.

De aquí se desprende el teorema de que el ensueño es reproducción fiel, exacta y fragmentaria, pero eminentemente desordenada y compleja de anteriores vigili- as.

Sentado ésto debemos fijarnos en cuales de las anteriores vigili- as son las elegidas por el ensueño, y dentro de ellas qué criterio de selección de éste ó de aquél detalle en ellos preside.

Consultada la estadística de las anotaciones numéricas que, según antes aconsejamos, corren al lado de las observaciones de los ensueños en nuestro cuaderno diario, resulta en un promedio de 200 referencias:

12 simultáneas con el ensueño (influencias directas de la realidad en él) tales como reflejos inconscientes.

75 de un día fecha.

30 de dos id.

24 de tres id.

12 de cuatro id. y las restantes de más fecha.

La progresión es decreciente, por cierto con una ó dos referencias retrospectivas de un año fecha.

Véanse pues muy numerosas, casi absorventes las referencias de un día á cuatro ó cinco días fecha retrospectiva, no pocas de 6 á 10 días, bastante raras las de 10 á 30 y rarísimas las de fecha más remota, dándose alguna extraña referencia anua, porque la repetición de fenómenos generales característicos de cada época pueden determinar alguna que otra vez inconscientes recordaciones. Las referencias que el sueño tiene respecto de la vigilia son más numerosas, por tanto, mientras más recientes, pudiendo afirmarse que *á medida que los días pretéritos distan del momento del ensueño como los términos de una progresión aritmética, sus referencias en él disminuyen en progresión geométrica.* (1) Ya haremos notar una

(1) No puede objetarse que estando los hechos recientes más presentes en la memoria que los remotos es natural se encuentren con más dificultad las oportunas referencias en éstos que en aquéllos, pues para las doscientas referencias citadas como ejemplo apenas hemos hallado tres detalles desprovistos de ella, y cantidad tan exígua bien puede atribuirse á naturalísimas deficiencias de las recordaciones de las anteriores vigiliass y á un parcial desdoblamiento de la fantasía, fenómeno que pronto habrá de ocuparnos.

El criterio irrecusable de estas referencias estriba principalmente en los detalles de luz, orientación, personas, impresiones, sentimientos y otras mociones análogas, que no permiten abrigar la menor duda acerca de su recuerdo concreto con referencia á tal ó cual vigilia. Algunas muy raras, que acaso no podrían demostrarse irrefragablemente, tienen su apoyo en la compleja vida íntima del yo y en esos mil detalles casi inapreciables de la existencia; están basadas en el pleno testimonio del sentido íntimo ó conciencia.

Tal es la firmeza de semejante convicción que la más leve duda no es admisible á nuestro juicio. Al principio los únicos detalles que sugieren ligeras vacilaciones son los de aquellos ensueños cuyo argumento se forma, no por escenas de la vigilia sino por ideas de ella, puestas en acción durante el ensueño, lo cual sucede con gran frecuencia.

importante excepción cuando se cambia de género de vida y de localidad sobre todo.

La rápida descripción que antecede del fenómeno general del ensueño demuestra que durante él el espíritu asiste á su propio desdoblamiento, por cuanto, aislado en absoluto de cuanto acontece fuera por la postración sensitiva que al dicho período caracteriza, parte de él sigue haciendo el papel subjetivo, como en la vida real, mientras otra parte, que durante el día parecía integrarle por ser sus tareas asímismo subjetivas en la vigilia, resulta á la sazón *perfectamente extraña y objetiva respecto del yo donde antes se la creería.*

El ensueño todo, sea cual fuere, parece agruparse en torno de dos polos opuestos, *objetivo el uno, subjetivo el otro*, dializados por él, á la manera de aquel precioso aparato de Química orgánica.

En el primero no es difícil reconocer la prodigiosa facultad pictórica que suele llamarse imaginación ó fantasía, encargándose de la tarea de objetivar, desarrollando escenas ante los ojos del yo y supliendo tan acabadamente las funciones del mundo exterior en la vigilia que viste con el ropaje de la verdad sus quimeras absurdas. En el segundo adviértese aún la parte afectiva del yo, *la psiquis*, encargada de percibir estas ficciones, salpicándolas aquí y allí, amén de alguna idea suelta, con sentimientos de placer ó dolor, simpatía ó antipatía, egoísmo y altruísmo. Las demás facultades que de ordinario suelen admitirse de memoria, raciocinio perfecto, voluntad, etc., juegan un papel muy secundario en el ensueño, que puede darse y se da casi siempre sin ellas.

Luego la fantasía, representando ante el yo animadas escenas exteriores con apariencias de algo real que á la sazón se desarrolla ante nosotros durante el ensueño, viene á servir de objeto y es una facultad entonces objetiva á los ojos del yo. Por el contrario, en la realidad, cualquiera que sea el objeto contemplado, parece que va grabando en sí y haciéndose cargo de cuantas impresiones recoge de los sentidos, ya sean encantadas perspectivas, ya sonoras armonías, ya, en fin, aromas y sabores, siendo entonces respecto de nuestro yo ó psiquis (1) una facultad eminentemente subjetiva. Su papel psicológico en el ensueño parece, pues, ser completamente distinto, sufriendo una verdadera inversión ó cambio de signo, que la trasforma, de subjetiva que era en la vigilia, en objetiva durante el ensueño, para tornar, en el momento de despertar, otra vez á subjetiva.

De aquí podemos deducir que hay una ó varias facultades en él hombre que son *subjetivas siempre*, esto es, en el ensueño y en la vigilia, y otras, como la fantasía, que *alternativamente hacen el papel de objetivas y de subjetivas*. O más concretamente, que son lo primero respecto de aquéllas y lo segundo respecto á la realidad ex-

(1) Para introducir en nuestro lenguaje la indispensable precisión propia de toda investigación científica, convendremos en llamar *psiquis* ó *yo* á la facultad más íntima de nuestro ser, caracterizada por ser atesoradora de sentimientos, lazo de unión de la inconsciencia y la conciencia, y elemento genuinamente subjetivo, tanto en la vigilia como en el ensueño, lo que la diferencia tanto de la *fantasía*, que en éste aparece objetivada, como del *raciocinio* que yace postrado en el ensueño. Las palabras *espíritu* y *alma*, en extremo vagas á fuer de manoseadas por las escuelas, sólo las emplearemos indistintamente para designar *todo el conjunto de humanas facultades* y aun en ello se notará la impropiedad de su uso, por cuanto dos de éstas (*fantasía* y *raciocinio*) son por lo menos facultades organo-psíquicas.

terior. Por decirlo así, son espíritu para el cuerpo, son cuerpo para el espíritu, moviendo por el momento al ánimo á una consideración trina en el ser humano, á diferencia de la concepción dualista de alma y cuerpo establecida hasta aquí.

Mecánicamente considerada esta inversión ó cambio de signo de la fantasía debe tener su cero, como así es, pues toca en él la vez primera al dormirse el individuo, en cuya ocasión ella, como todas las demás, se paraliza, constituyéndose en reposo absoluto, y la segunda en el momento del despertar normal, en el que se adquiere plena conciencia de la vida exterior.

Como la fantasía ya despierta cesa en su fuerte faena de objetivación al tocar segunda vez en el cero, suelen pasar, como ya en otro capítulo dijimos, algunos segundos ó minutos hasta poder iniciarse la recordación del ensueño, porque para volver á colocarse en circunstancias objetivas análogas, precisa un esfuerzo, dado que, por ley natural del despertar, está impulsada á verificar lo contrario. De aquí el trabajo que supone siempre el recordar los ensueños que acaben de tener lugar, porque la voluntad y la realidad exterior se encuentran en abierta pugna. La primera ordenando una representación á la fantasía para la que tiene de nuevo que objetivarse, y la segunda exigiendo con imperio que se coloque en su actitud subjetiva para atesorar debidamente las nacientes impresiones exteriores que en rauda corriente llegan al espíritu por conducto de los sentidos reconfortados por el descanso y ansiosos de emprender la vida del nuevo día. De aquí también que en los primeros instantes que subsiguen al

despertar se crea casi siempre no haber soñado nada durante la noche que acaba de trascurrir, al no encontrar nada concreto, porque para hallarlo precisa cambiar otra vez de signo la fantasía, como si parcialmente se retornara al estado del ensueño, cuya desaparición ha decretado ya la necesidad orgánica de volver á la vida.

Este movimiento mútuo y recíproco de la fantasía, que normal y orgánicamente se verifica todos los días en los dos confines del descanso con la vigilia, se presenta también en la vida real, á veces de un modo espontáneo, á veces, por el contrario, merced á las órdenes de la voluntad.

Hay, en efecto, momentos en la vida, tan normales como los que más, en que parece sobrevenir al cuerpo súbito reposo, postración que nada tiene de morbosa ni de desagradable; se debilita sobremanera la acción de los sentidos y se relajan las fuerzas de la voluntad. Mírase sin ver, se oyen vagamente los mil ruidos del exterior, se piensa nada ó muy poco y al azar; el organismo es presa de esa extraordinaria laxitud llamada *dolce far niente* por los italianos. Entonces recaba su acción objetiva la fantasía y sus mágicas alas empiezan á surcar el infinito de su propia indeterminación, lleno de luces y de sombras, de encantos y melancolías; mientras el espíritu, dulcemente obsesionado con sus panoramas encantadores, empieza á soñar despierto, porque, abstraído, sólo de un modo confuso aprecia la realidad exterior, dejándose guiar por la acción que á sus ojos va desarrollando esa calumniada *loca de la casa* en plena labor objetiva.

Sorprended en aquel momento al ser que yace en-

vuelto en los pliegues de la fantasía objetivada y le veréis experimentar una conmoción brusca, un choque ó sacudida, como locomóvil á quien se imprime de pronto un cambio de dirección en la marcha. Hay algo que vuelve en sí y como que se invierte, colocándose en opuesta actitud, y ese algo no son los sentidos, porque estos siguen antes y después igualmente impresionados por las sensaciones externas; tampoco es el espíritu en sí mismo el que cambia, por que á éste le es tan frecuente como grato el cambiar de objetos; es tan sólo que *el balancín de la fantasía* ha dado una vuelta completa, cayendo del lado de los elementos subjetivos del yo, para continuar en el equilibrio que exige la vida; es la aguja de la vía férrea, que antes estaba en una posición para dar entrada al tren que ya ha llegado, y tiene que tomar otra distinta posición para evitar que con él choque el otro que, por opuesto lado, á toda máquina, se aproxima al andén.

Ahora se empieza á comprender el papel fundamental y regulador que en la economía de la vida representa esta preciosa facultad emplazada en los dudosos confines del cuerpo con el espíritu. ¿Hay en un momento determinada necesidad de observar un fenómeno exterior interesante? ya la tenéis á la manera de un reporter tomando nota de los detalles más nimios, empapándose en la misma atmósfera que al suceso rodea. ¿Hay necesidad de estudiar y meditar sobre aquel fenómeno?, ya está como el reporter en la mesa de redacción: presentando fielmente al yo cuanto momentos antes atesorara, absorbiendo y paralizando el funcionamiento de los sentidos que sean al efecto inútiles, colocándose ella bajo las órdenes inmediatas de

la voluntad, dúctil y maleable en sustitución del objeto; dispuesta á repetir cien veces lo que viera; á representarlo ya en detalle ya en conjunto; á engrandecerlo ó empequeñecerlo, adjudicando á voluntad cualquier medida, por que la unidad de medida está en ella y ella es en sí arbitraria, según lo que se la exija, hallándose propicia á reunir lo distanciado por el espacio ó por el tiempo, á combinar ó descomponer. Poco importa por el momento que ella combine ó descomponga ó que esto venga á verificarlo distinta facultad. Nunca será cuestionable que ella da los materiales, la masa, blanda más que la cera, para que tomen forma los trabajos del espíritu; facultad auxiliadora y analizadora de los materiales sobre los que el espíritu trabaja á la sazón, objetivando respecto de otra facultad ó facultades genuinamente psíquicas y subjetivándose para adquirir caudal mayor á costa de las impresiones que recoge de los sentidos.

Pero la fantasía en acción es avara en la vigilia, como todo órgano y toda facultad llamada á funciones esenciales en la vida. Asimismo como hija primogénita que es del espíritu en su vida corpórea, y del cual no se separa desde que comienza la existencia hasta que termina, no reconoce fronteras: ve el espacio real y concibe ó crea su propio espacio imaginario, trasunto infiel de lo infinito; aprecia por modo singular la sucesión del tiempo y le concibe prolongado en inacabables siglos, imagen pobrísima de la misteriosa eternidad. Hija la fantasía del comercio continuo del espíritu con el mundo, es el símbolo vital por excelencia. Presiente, en su delicada contextura organopsíquica, los altos destinos de espíritu á quien acompaña

siempre en esta vida y á quien acompañaría después de ella si fuere preciso, allende el tiempo—en la eternidad— allende el espacio—en lo infinito—pero sus ojos ciegos para una luz que no habrá de ver nunca; sus oídos sordos á las inefables armonías de una vida futura, sin sombras ni confines, halla consuelo fingiendo indefinidamente alejado los límites del espacio en el Universo y en sí propia los límites del tiempo.

Capítulo VI

Correlación fisiológica de la diálisis anterior

Para que esta primera diálisis de las facultades psíquicas suministrada por el ensueño sea completa, busquémos su equivalente fisiológico, demandando luces á la biología.

Sometido el cuerpo humano á la ley general de toda substancia organizada, que tarde ó temprano ha de desintegrarse en sus elementos minerales, todas sus funciones nutritivas, encargadas de reponer sus pérdidas, tienen como fin último la conservación del sistema nervioso, cuyos centros, encerrados en las cavidades del cráneo y de la columna vertebral, irradian á todas las partes del cuerpo una vasta y finísima red de innúmeras ramificaciones, encargadas de dar excitación vital á los miembros.

Por encima de las labores especiales y analíticas, por decirlo así, de los demás sistemas, el sistema nervioso realiza la gran síntesis de la vida y el órgano que, por diversos accidentes, se ve privado de su comunicación con él queda pronto fuera del comercio general con los de-

más, siendo perfectamente inútil y acarreando la muerte si sus funciones fueran insustituibles y esenciales.

El sistema ó aparato digestivo suministra á la sangre elementos reparadores de las pérdidas sufridas por el continuo desgaste del organismo, y vertidos estos elementos en el torrente circulatorio llegan á los tejidos, donde se asimilan, para ser eliminados más tarde por las secreciones; el sistema óseo, por sí, da la estabilidad necesaria al cuerpo y asociado al sistema muscular, le pone en actitud de ser movido, pero todo el gran conjunto corpóreo yacería inerte si la misteriosa corriente vital, arrancando de los centros nerviosos, verdadera red telegráfica, no se encargara de poner en juego el sublime mecanismo, dando á cada sistema el impulso y las excitaciones precisas, por virtud de las cuales el corazón late: la sangre circula: el aparato respiratorio elimina el vapor de agua y el anhídrido carbónico, suministrando oxígeno: el riñón elimina la urea: el tubo digestivo verifica sus naturales movimientos y realiza sus operaciones químicas: los músculos se contraen ó distienden, y, por cima de toda esta admirable maquinaria, el hombre se pone en relación con el mundo objetivo, mediante las sensaciones, y se eleva sobre él, merced á sus voliciones, ideas y sentimientos.

Por esa misma función sintética que el sistema nervioso está llamado á desempeñar en el organismo, ningún buen estudio psicológico de observación puede menos de dar por él comienzo á sus tareas. Vano sería buscar ese fuego divino del pensamiento, que la mitología creyera robado al mismo cielo, entre las materializaciones de los demás sistemas, encargados del mero entretenimiento del

cuerpo; pero no menos vano es buscarle, como se le ha buscado durante siglos, en las vagas tenebrosidades de una abstracción sin límites, lejos, muy lejos del cuerpo, en las regiones ideales de una incomprensible metafísica.

Si es axiomático que la voluntad humana es ciega sin la inteligencia y la inteligencia á su vez, nada tampoco sin las impresiones sensibles, como éstas no existen sin los conductores nerviosos, necio es hablar de la voluntad, la sensibilidad, ni la inteligencia, sin que antes nos fijemos atentamente en el conjunto general de un sistema que puede no ser la esencia del hombre, pero que es tal su naturaleza, que sin él la esencia y las operaciones del alma no pueden concebirse.

A primera inspección se nos presenta el sistema como una vasta red periférica extendida por todo el organismo, teniendo como centros las masas encefálicas y la médula espinal. Las raicillas nerviosas que se pierden en las fibras contráctiles de los músculos van de fuera á dentro reuniéndose con otras, sin perder su propio aislamiento é independencia, á manera de los hilos de un cable trasatlántico y así, aumentando su espesor por la incorporación de otros nervios vecinos, forman troncos que, salvo los de la cabeza y algún otro, penetran por los lados de las diversas vértebras espinales, en cuyo interior se halla la médula espinal, que se enlaza con los hemisferios cerebrales.

Las funciones generales de los nervios son de dos clases: conscientes é inconscientes, llamadas así porque las primeras están bajo la dependencia de la voluntad, á diferencia de las segundas, las cuales pasan en absoluto inadvertidas para la conciencia psicológica. Además, por su

manera de actuar, se clasifican los nervios, en nervios de trasmisión centrípeta, ó de fuera á dentro, y nervios de trasmisión centrífuga, ó de dentro á fuera. Por los primeros ó centrípetos el mundo exterior y las porciones del cuerpo por donde están distribuidos, ejercen su acción sobre los centros nerviosos; por los segundos ó centrífugos pueden estos mismos centros, inversamente, influir sobre los diversos órganos del cuerpo y por su mediación sobre el mundo exterior.

Hay pues nervios centrípetos y nervios centrífugos inconscientes y los hay también centrípetos y centrífugos de índole consciente. Su distinta manera de funcionar proviene de que en los nervios inconscientes la corriente centrípeta termina en los ganglios de la médula y de allí toma origen enseguida la corriente centrífuga correspondiente que, sin intervención alguna de los centros cerebrales, trasmite á su vez una moción inconsciente al órgano adecuado; mientras en la inervación consciente (ó voluntaria, pues su acción depende sólo de la voluntad), la corriente centrípeta ó sensitiva no se detiene hasta que llega al cerebro mismo, por ó sin mediación de la médula espinal, según sea su procedencia, y del cerebro, á su vez, parte la moción ó corriente centrífuga motora, que determina la ejecución de los movimientos voluntarios.

Son, por ejemplo, nervios inconscientes los que, sin nosotros advertirlo, mueven constantemente el corazón en su prodigioso latir desde que nacemos hasta que morimos, los consagrados á las funciones digestivas y secretorias, y gran parte de los del aparato respiratorio etc. y son nervios conscientes los que trasmiten al cerebro las

impresiones de los sentidos, como los dos nervios ópticos, los acústicos, los del olfato y gusto y los del tacto. También son nervios conscientes de la clase de centrífugos los que desde el cerebro, mediante la voluntad, mueven los párpados, la lengua, las piernas y los brazos.

Así, cuando los alimentos son ingeridos en el estómago, los nervios centrípetos que arrancan de la mucosa de esta víscera, transmiten á la médula la impresión inconsciente que causan aquellos al ser introducidos, y en la médula se refleja enseguida la corriente motora inconsciente, que hace que las mismas mucosas segreguen el jugo gástrico necesario para la digestión. En nada de esto participa el cerebro, apesar de tener un hilo directo por decirlo así con el estómago mediante el nervio neumogástrico, y tampoco interviene la voluntad que no puede jamás suspender esta recíproca acción. Tal sucede en los fenómenos conscientes en los cuales, lo mismo la impresión sensitiva que viene de fuera al cerebro, como la instigación motora que dentro de él se origina pueden ser determinadas ó suspendidas por la voluntad, de quien dependen siempre.

Las células que integran el tejido nervioso, tanto céfalo-raquídeo como del simpático, no se diferencian morfológicamente en nada. La Histología nos enseña que son corpúsculos pequeñísimos, ya que sus dimensiones oscilan entre 7 y 70 milésimas de milímetro, generalmente estrellados y provistos de largas expansiones ramificadas, una de las cuales, mucho más larga que las otras, tiene por objeto poner á la célula en relación dinámica con otras células nerviosas ó con las de los tejidos subordina-

dos. Las primeras expansiones, análogas á las raíces del vegetal, se llaman *expansiones protoplásmicas*; la otra, semejante al tallo de la planta se denomina *cilindro-eje*: las unas son de *corriente celulípeta* (transmisión de las raicillas al núcleo); el otro es de *corriente celulífuga* (del núcleo al tallo).

Examinadas al microscopio las expansiones nerviosas sensitivas muestran siempre análoga disposición. En la membrana olfatoria existe, por ejemplo, gran número de células de la clase de *bipolares*, ó de dos prolongaciones: por la una, la de las raicillas protoplásmicas que tocan al exterior, dichas células se impresionan con las emanaciones gaseosas de los cuerpos olorosos y por su tallo ó cilindro-eje transmiten la impresión hacia el bulbo olfatorio, en la base esfenoidal del cerebro, donde las expansiones varicosas de dicho tallo se ponen en contacto con las raicillas de las *células mitrales*, á ellas juxtapuestas, y éstas, á su vez, mediante sus cilindros-ejes respectivos, transmiten la impresión á las células grises de la corteza del cerebro. De análoga manera se reciben en la *lámina gris* de la base del cerebro las impresiones visuales, acústicas, gustativas, y táctiles, cual si dicha lámina fuese, como cree el Dr. Luys, un gran receptáculo sensitivo, compuesto de un centro anterior ú olfatorio, otro medio ú óptico, otro subsiguiente destinado á la vaga sensibilidad que á veces caracteriza á las funciones inconscientes del corazón, estómago, etc. y un centro posterior ó acústico, conexionado con la tercera circunvolución frontal ó del lenguaje, como los demás lo están sin duda con otras circunvoluciones de los hemisferios cerebrales.

De la corteza cerebral parten asimismo las instigaciones motoras, y su corriente centripeta se origina en las llamadas *células psíquicas ó de Cajal*, término de la vía sensitiva y que extienden por la misma superficie gris de las circunvoluciones los cilindros-ejes de sus núcleos, desprovistos, cosa singular, de expansiones protoplásmicas. Las células psíquicas véense tendidas paralelamente entre las prolongaciones protoplásmicas, ó raicillas de las *células de las pirámides* y de las *poligonales*, como los hilos del telégrafo entre el ramaje de los árboles. Las células de las pirámides interesan de paso á las *células polimorfas* del piso interno de la substancia gris; prolongan sus cilindros-ejes descendentes y forman con sus bifurcaciones las fibras nerviosas del *cuerpo calloso* y las de la *substancia blanca*, cuyos tubos van á buscar otros órganos ya encefálicos, ya raquídeos, ya exteriores. Las diversas circunvoluciones de entrambos hemisferios mantienen íntima solidaridad entre sí, mediante el cambio recíproco de los cilindros ejes de las llamadas *células de asociación* y cosa análoga sucede con el cerebelo, donde las bifurcaciones nerviosas superficiales y paralelas de las *células de los granos*, equivalen á la red telegráfica de las células psíquicas del cerebro: las *células de Purkinje*, á las de las pirámides etc., etc. Respecto á la médula espinal, una no interrumpida, pero algo compleja, continuidad por el estilo, enlaza las células *por pisos*, formando así con los cilindros ejes de unas, yuxtapuestas á las expansiones protoplásmicas de las otras, las *vías piramidales descendentes ó motrices*, (directa y cruzada) los *fascículos cerebrosos ascendentes*, los *cordones antero-laterales*, etc.

mereciendo especial atención las *células de transición ó sensitivo-motrices*, clave de los reflejos nerviosos inconscientes que se operan en la médula, como prolongación de la masa encefálica, para todas las funciones de la vida vegetativa. (1)

Como se ve, la morfología de la célula nerviosa nada nos enseña en pro de nuestra anterior diálisis de facultades. Vayamos, pues, más lejos, hasta las reacciones químico-biológicas que se operan en el interior de sus protoplasmas.

La célula orgánica está casi siempre compuesta de una cubierta albuminosa, conteniendo una masa fluida; el *protoplasma*, y un *núcleo*. La materia protoplásmica es granulosa, blanda, coherente y extensible, con un 75 á un 85 por ciento de agua en las células adultas de los animales y suele estar condensada en torno del núcleo, á modo de espeso tapiz ó red de *plastina* (especie de albúmina). Esta red contiene un jugo albuminoso soluble, especial (*citoquimo*), que en las células grises nerviosas es pálido, no reductor y aun desconocido, pero *débilmente ácido*, mientras que en las fibras de la parte blanca es *muy reductor y ligeramente alcalino*: más rico en *cerebrina* y en productos de secreción celular, tales como la *coles-terina* y las *grasas*.

Merced á las excitaciones más diversas: electro-magnéticas, luminosas, mecánicas, etc. el protoplasma se altera, al modo de los seres inferiores (*amibos*): se retrae, emite prolongaciones, modifica su refringencia y se llena

(1) Todos estos detalles pueden estudiarse más al pormenor en las monumentales obras de nuestro Cajal.

de vesículas, al par que sus granillos, cual ínfimos glóbulos rojos de esa pseudosangre protoplásmica, inician una especie de movimiento circulatorio. Dichas vesículas encierran un líquido *siempre ácido*, mientras que la masa protoplásmica es *siempre alcalina* y mediante las leyes de la presión osmótica ó difusión de líquidos distintos á través de membranas orgánicas, se acumulan por secreción en ellas sales, agua, ácido carbónico y otros, materias colorantes, grasas, almidón, azúcares, diastasas, urea, ureidos, glicógenos, leucomanas, fermentos, etc. (Gautier), sustancias muchas de ellas de organismo químico todavía bastante complejo, pero más simplificado que los componentes fundamentales nerviosos que los dan origen, componentes que alcanzan construcciones atómicas verdaderamente sublimes, tales como el *protagón* suministrado por la sangre. Sentimos no poder dar una idea de tales edificios portentosos, verdaderos centros de la vida, invisibles ya para los mejores microscópicos, por ser muchísimo más pequeños que la milésima de milímetro, pero adivinados por la química; baste decir que las *lecitinas*, uno de los integrantes del *protagón*, están compuesta de ácido *oleico* y *margárico*, ácido *fosfoglicérico* y *neurina* ó bien *colina* de muy complejas moléculas, pues la complejidad de esta última ya lo revela su nombre analítico: *hidrato de trimetil-hidroxetilen-amonio!*

Las reacciones químico-vitales de dentro y fuera de la célula nerviosa tienen aún muchos misterios que aclarar, pero lo apuntado basta para establecer el teorema final de nuestra larga expedición fisiológica, de que la reacción del nervio vivo en reposo es alcalina ó neutra,

y ácida desde que entra en actividad: más alcalina hacia el cilindro-eje y más ácida hacia las raicillas protoplásmicas, ó en otros términos: durante la actividad nerviosa de los sentidos (vigilia) hay corriente osmótica centrípeta, productora de secreciones ácidas, disociadoras de los grandes edificios químico-celulares. Como tras el descanso estos nervios vuelven á encontrarse en condiciones de nueva actividad, es evidente que se han repuesto por secreción extracelular, y que para ello ha tenido que determinarse, durante la postración de los sentidos, esto es, durante el sueño, una corriente osmótica contraria ó centrífuga, regeneradora, completamente inversa de la de la vigilia ó de acción de los sentidos: celulípeta para los cilindros-ejes y celulífuga para las raicillas protoplásmicas. Corrientes secundarias de las que nos dan buen ejemplo las que en las pilas eléctricas van poco á poco desvirtuando la acción de la principal hasta invertirla (Planté).

Los centros reguladores de tales corrientes deben radicar en los núcleos celulares que dentro de la fisiología de la célula representan un elemento director, algo así como un cerebro ó corazón en miniatura de la célula, que preside á todas las funciones de la misma, tanto las nutritivas como las reproductoras, aunque estas últimas funciones, á partir de cierta edad, no se dan en las células del sistema nervioso y sí en las de los demás tejidos. ¿Quién sabe si la falta en los núcleos de aquellas de la función segmentadora ó *kariokinética*, solo está aparentemente abolida y transformada valga la frase en una especie *kariokinesis psico-física*? Por ello el aspecto microscópico del núcleo es el de una verdadera pila de Volta, desarro-

llada en laberínticas circunvoluciones, y suelen alternar en él los elementos ácidos semisólidos de la *nucleina* ó *cromatina*, muy ricos en fósforo, con una substancia hialina, de naturaleza básica; el *hialoplasma* ó *linina*.

Entrambas corrientes osmóticas, tanto la producida de fuera á dentro por la trasformación de las vibraciones sonoras luminosas etc. en vibraciones químicas, como las inversas originadas por la renovación intracelular, tienen necesariamente que afectar á las íntimas relaciones entre los dos elementos contrapuestos del núcleo, los que en el lenguaje del capítulo anterior vienen á oficiar de cliché y de reactivo, atesorándose en aquél esa riqueza casi infinita de nuestras impresiones más ó menos pretéritas, hasta las que parecen imergidas en los profundos senos de lo inconsciente.

Nuestra primera diálisis de la psiquis y la fantasía adquiere así una demostración en cierto modo experimental (siquier los medios de laboratorio, aplicados casi siempre *post-mortem* no alcancen á evidenciarla). La corriente sensitiva de la vigilia equivale en psicología á la percepción sensitiva correspondiente: la corriente de signo contrario que supone el ensueño equivale á ejercicio pictórico de la fantasía ó sea á recíproco ejercicio de los sentidos. La fantasía en el ensueño no es, pues, fisiológicamente, más que la inversión de los sentidos objetivados, y de aquí que su ejercicio paralice las percepciones de éstos, tome más amplitud durante las sombras de la noche y en el lecho, se atenúe con los excitantes de la luz solar y tremole victoriosa en el ensueño, cuando los órganos de los sentidos no dan lugar á impresiones en contrario.

Psicológicamente es algo más la fantasía, merced á su conexión con otras facultades y á las acciones inconscientes de que mas tarde nos ocuparemos.

Las consecuencias que se deducen de aquí son numerosas. Apuntemos sólo algunas.

a) Como en la morfología celular y en los fenómenos químico-celulares no existen diferencias intrínsecas entre el hombre y los animales superiores, el fenómeno somnológico alcanza á estos en menor grado, así como las intuiciones y la fantasía, aunque éstas sean más pobres por el menor número relativo de sus células nerviosas y asociaciones celulares. En efecto, todo el mundo puede comprobar aquel fenómeno en gatos, caballos, perros, gallinas etc. La diálisis del capítulo anterior no se limita pues al hombre.

b) Las corrientes electromagnéticas ascendentes en un nervio vivo deben determinar sabor ácido y las descendentes sabor alcalino, como efectivamente sucede.

c) La cesación funcional destruye al nervio porque ya carece para sus corrientes regeneradoras de los excitantes osmóticos que origina su ejercicio.

d) La corriente renovadora, como determinada por una regeneración de elementos nutritivos, es normalmente grata al organismo y su ejercicio representa en él una saludable reacción: no se limita al período de los ensueños: es tanto mayor cuanto más intenso haya sido el ejercicio de los sentidos y con ellos se completa en la vigilia, bajo el nombre de apercepciones, á virtud de las nociones del yo ó psiquis. Suele ejercer también cierta función complementaria de unos con otros sentidos prin-

principalmente entre la vista y el oído, como más tarde comprobaremos y por ser la función psíquica correlativa reversion del yo sobre el mundo, la fantasía acompaña siempre como fondo á toda operación intelectual.

e) La frase metafórica de clichés de la fantasía es algo más que una metáfora, ya que al renovarse el líquido celular nervioso la célula ha de sufrir una excitación sensitiva recíproca, que reproduzca objetivamente las imágenes impresas por los sentidos. En una y otra operación media un excitante vital, á guisa de revelador (1). Célula de líquidos poco renovados simboliza una impresión por borrar. Célula renovada simboliza el olvido de la impresión grabada en ella. Si la regeneración química se opera en la vigilia puede pasar inadvertida la impresión atesorada, ó determinar lo que llamamos recordaciones inconscientes. Si aquella se opera durante el reposo absoluto (dado que, contra lo que parece, existiese tal reposo) su vago perfil resulta ya perdido, y si tiene lugar en fin en el segundo período del descanso determina una impresión de ensueño, y su conjunto ha de resultar abigarrado porque la renovación debe regirse, no por las leyes del tiempo; sino por las, muy distintas, de las exigencias renovadoras.

f) Los dos clichés superpuestos que más adelante se evidencian en el cap. de la fantasía y las lecturas pueden

(1) Siempre que buscamos paralelismos entre las funciones psicológicas y las fisiológicas necesidades avasalladoras de lenguaje nos llevan como á identificarlas, pero entiéndase que, aunque somos partidarios de un supremo unitarismo hoy imposible de evidenciar, no nos inclinamos hoy ni al materialismo ni al espiritualismo por creerlos fases imperfectas del problema.

guardar íntima conexión con los respectivos elementos de la *nucleína* y la *linina* de los núcleos.

g) La fantasía parece más intensa durante la juventud, en correlación del más intenso funcionar de los sentidos en dicha edad; aunque sobre esto hay mucho que decir. Existe en el loco, en el alcoholizado, en el hipnotizado y en otros estados poco ó nada fisiológicos, que necesariamente conservan el funcionamiento de los sentidos, como lazo con el mundo exterior. Es pobrísima en el imbecil y no existe especializada para los sentidos atrofiados de nacimiento (ciegos, sordo-mudos etc.) Sus aberraciones, sintomáticas de innúmeras enfermedades, suponen la correlativa perturbación ó abulia de los sentidos. En el niño, al par que los sentidos se desarrollan, desarróllase por ellos la fantasía.

h) El alcohol, al excitar en su primer período las células nerviosas, excita juntamente la fantasía y postra luego á ésta simultáneamente con aquéllas.

i) Así como entre las infinitas células sensitivas durante la vigilia los hay de protoplasma regenerado (*para impresiones*) y cargadas de secreción (*para fantasía*), de igual modo las impresiones psíquico-sensitivas y las representaciones fantásticas coexisten siempre en la vigilia, pero con la relativa preponderancia de unas ú otras que determinan las influencias exteriores. Esta preponderancia se viene luego á traducir orgánicamente en necesidad de una preponderancia recíproca (necesidad de cambiar de horizontes, tras las representaciones que todo trabajo humano exige, la de las diversiones, viajes, etc.) A mayor ejercicio en los sentidos, mayor exhuberancia subsiguiente

de la fantasía: á postración ociosa de aquéllos, perturbaciones morbosas de ésta, llamadas aberraciones y manías. Unos y otras son excitantes recíprocos, en cumplimiento de la ley universal de acción y de reacción.

Las precedentes deducciones bastan para dejar establecida la correlación fisiológica que perseguíamos en este capítulo.

Capítulo VII

Preliminar de la segunda diálisis.—Lo consciente y lo inconsciente

ANTERIORMENTE nos hemos hecho cargo de las corrientes de inervación y de las diferencias fisiológicas que existen entre los nervios conexiados con las masas encefálicas ó sean los de las sensaciones y mociones conscientes, y los nervios inconscientes, ó de la vida vegetativa.

No se crea, sin embargo, que las funciones conscientes están deslindadas de las inconscientes con igual claridad que lo están los nervios respectivos. Aunque por un momento parezca depresivo para la dignidad del hombre, para su alto rango en el plan de la Creación y para los fines elevadísimos que en ella está llamado á cumplir, las funciones inconscientes gozan de inmenso predominio sobre las conscientes, hasta el punto de que la esfera de lo inconsciente resulta sagrada é irreductible, invadiéndola sólo lo consciente en los casos supremos de enfermedad ó de desequilibrio fisiológico, durante los cuales llega á sen-

tirse conscientemente ya un malestar general, ya un dolor bien localizado, hacia la parte enferma, más ó menos intensa según las circunstancias. Por el contrario, la invasión de lo inconsciente en la esfera de la consciente ocurre de continuo y sólo acaba cuando la vida termina.

Por de pronto, siendo inconsciente todo lo que no depende de la voluntad, la vida vegetativa ó de nutrición se desarrolla toda en dicha esfera. Desde que los alimentos se ingieren en el estómago ya no alcanza á ellos la acción directa de la voluntad, menos aún cuando se mezclan con el plasma de la sangre y cuando llegan á los capilares para ser asimilados por fin. En las secreciones apenas si en algunos juega la voluntad, que solamente en los músculos motores goza de cierta hegemonía.

Cuando nos amenaza un peligro inminente el inconsciente, encargado de velar por la vida, se apodera de las mociones de la voluntad, haciéndolas inconscientes también y provee á las exigencias momentáneas de la situación, á menos que ésta, apoyándose en pasiones y sentimientos superiores, le presente batalla de la que sólo en temperamentos bien templados puede salir vencedora, siendo, cuando se halla aislada, más frecuente su derrota que su victoria, lo que Napoleón interpretó acabadamente con su frase de que «por valiente que sea un hombre, le agrada siempre verse fuera de peligro».

Si el organismo siente la necesidad de alimento, el inconsciente humano con su sublime instinto conmueve las fibras más delicadas de la sensibilidad, encaminándolas todas al fin supremo de alimentarse que persigue, y rehuye, con repugnancia casi invencible, este mismo ali-

mento así que de él ha tomado el estómago cuanto necesita, haciendo que el olfato y el gusto, tan voluntarios de suyo, se presten dóciles é inconscientes á sus fines, y de agradables que eran sus impresiones durante la satisfacción de la necesidad, se tornan en desagradables, después que la necesidad se ha llenado cumplidamente.

El inconsciente se sobreponé en la lucha y en la defensa y de un modo más avasallador en las manifestaciones de amor físico y en sus similares de cariño filial, amor patrio y apego al país donde se ha nacido. De ordinario muy poco y á veces nada pueden contra él las fuerzas opuestas de la voluntad cuando la tensión orgánica y psíquica llega á su paroxismo.

En el proceso evolutivo de la vida á lo consciente parece tocar el trabajo y á lo inconsciente el fruto.

Véase lo que sucede al niño. ¡Cuántos y cuan infructuosos ensayos le cuesta aprender á andar! Ya le flojean los músculos y se le tuercen las piernas diminutas, ya su cuerpo se desploma por falta de equilibrio. Poco á poco va, sin embargo, aprendiendo; primero pierde el miedo á las caídas en el andador que le libra de sus riesgos, luego aprende á jugar los músculos abdominales sin desasirse de los objetos que le aseguran el equilibrio; fortalecidos, por fin, con el hábito aquellos movimientos, se lanza á cambiar de lugar sin ajenas ayudas, pero sus pasos son aun vacilantes, entrecortados á veces, precipitados otras, pero siempre inseguros, y cuando ya puede decirse que ha aprendido, el inconsciente parece atesorar los conocimientos respecto al modo de verificar la marcha que á costa de tan penosos ensayos voluntarios aprendiera y desde aquel

momento no vuelve á preocupar jamás con ello á sus facultades, porque lo deja, valga la frase, en otras manos, que sabrán conservarlo con esmero á lo largo de los tiempos, y no se diga que semejante aprendizaje no sea consciente ó voluntario en el niño, sino consecuencia expon-tánea del desarrollo de su organismo, por que lo mismo exáctamente sucede al hombre maduro cuando quiere aprender otros ejercicios análogos, como los gimnásticos, coreográficos, de esgrima; etc.

Coste dice á este propósito hablando del hipnotismo: «Los movimientos automáticos suponen todas las facultades humanas y sin embargo se desenvuelven sin la conciencia del individuo. Existe á no dudarlo una memoria separada, latente si se quiere, en el organismo humano: una conciencia más débil más inferior, si así puede decirse, que la otra conciencia. Es el inconsciente quien regula nuestra vida física y el funcionamiento de nuestros órganos, quien determina nuestros sentimientos, la alegría y la tristeza, las simpatías y las repulsiones, quien posee y guarda con cuidado las ideas persistentes y las impresiones demasiado numerosas para ser percibidas por la conciencia y las ideas morales y las resoluciones. Su trabajo es lento, pero seguro y tenaz; tiene intuiciones sorprendentes y á veces una especie de adivinación del porvenir.»

«Si queremos levantarnos á una hora determinada dice Otero Acevedo al transcribir lo anterior, nuestra conciencia duerme tranquila; pero lo inconsciente que vela, antes de la hora fijada, despierta á la conciencia y con ella á nosotros. Salimos de casa y si el camino que hemos de se-

guir nos es conocido, no importa que vayamos preocupados con nuestros propios pensamientos, ó interesados en una conversación importante; cruzaremos calles y plazas sin equivocarnos y sin que la conciencia de nuestros pasos nos haya guiado. J. Stuard-Mill, el célebre filósofo, atravesaba las calles de Londres y sorteaba los coches con pasmosa habilidad, sin dejar jamás de ir engolfado en su *Sistema de Lógica.*»

«En el inconsciente en fin, es donde permanecen todos los hechos, conocimiento, imágenes y sentimientos que han pasado por nuestra conciencia y que hallamos en el acto de la memoria, en el de las sugerencias y aun en el de la intuición. El inconsciente es consciente capaz de voliciones, de razonamientos—de cierta índole—y tiene vida y personalidad propias.»

«Todos los actos que en otra época se atribuyeron al instinto de conservación, son también razonamientos del inconsciente. Si al caminar resbalamos, procuramos no caer, llevando en el acto el cuerpo á otra posición; ésto era algunos años ha efecto del instinto de conservación que hacía que no cayéramos, porque la naturaleza sabia, previsora y providente, no podía consentir que se hiciera daño el organismo, y había puesto el instinto de conservación para que vigilara y cuidase los actos del cuerpo; pero el instinto de conservación no es más que un fenómeno del ser inconsciente que razona, que piensa, sin que nosotros nos demos cuenta de ello, como no nos la damos en el cumplimiento de todos los actos que obedecen al hábito.»

Los argumentos del ensueño se desarrollan de una

manera fatal, como una recordación inconsciente, y su continuidad no se interrumpe más que por sí misma, como si ya no hubiese más que recordar, ó bien por una causa exterior que trascienda á su esfera de acción ó le ponga término con el despertar, pero jamás por actos libres, que equivalgan á una especie de veto impuesto á su continuación por la voluntad.

Otra circunstancia esencialísima de lo inconsciente es la de que el sistema nervioso voluntario está sometido á las alternativas indeclinables del reposo y la vigilia, mientras que el inconsciente humano, verdadero misterio físico-psicológico, no llega á dormir nunca, desde que se nace hasta que se muere.

Sobre este último punto no hay necesidad de insistir por ahora. Desde luego la atonía nerviosa voluntaria durante el ensueño es bien notoria y no lo es menos, según la fisiología demuestra, el que jamás puede cesar de funcionar un sistema que, de hacerlo un solo instante, acarrearía una muerte fulminante, por la parálisis del corazón y de los movimientos respiratorios.

Hay pues que dar la razón en el fondo á Coste cuando escribe: «Existen en nosotros—dicen los modernos psicólogos—dos seres que poseen impresionabilidad distinta, y que reaccionan de manera diferente también. El ser consciente que percibe alguno de los fenómenos que pasan á nuestro alrededor, piensa, quiere, interviene en todos los actos de la vida en que se manifiestan el pensamiento reflexivo, la libertad, la conciencia del yo; y el ser inconsciente que se hace cargo de los fenómenos que el primero por debilidad, por distracción ó por hábito deja escapar

y que preside á los actos de la vida instintos y habituales.»

Tenemos alguna observación que hacer á lo transcrito, pero en lo que desde luego no podemos conformarnos, como después demostraremos es en que existan en nosotros dos seres distintos, sino que se trata de dos manifestaciones distintas de un mismo y único ser.

En lo que antecede se entrevé ya una segunda diferenciación de las facultades del hombre en torno de esos dos polos de lo consciente y lo inconsciente, caracterizadas por la nota culminante de aquél, que es la voluntad, en su ejercicio más expedito del libre arbitrio.

Así como en el organismo hay nervios voluntarios y nervios involuntarios, en el espíritu del hombre hay repetidos, funciones voluntarias y funciones inconscientes. Estas son fatales en su acción; aquellas libres: las unas se enlazan directamente con las más altas manifestaciones psíquicas, las otras se identifican, por decirlo así, con las manifestaciones psíquicas más genuinas, y se dirigen, aunque parezca lo contrario, más al fondo del yo, por cuanto miran, tanto á la conservación y nutrición del cuerpo, como á las funciones reproductoras, siendo el verdadero regulador de la vida y también la *suprema lex* de las necesidades de la misma, cuya fuerza se impone casi siempre á los extravíos de la voluntad cuando llega á pervertirse. Las funciones voluntarias, en fin, resultan intermitentes y menos esenciales para la vida: el cretino, el imbecil, el histérico, el epiléptico, el sonámbulo ordinario ó lúcido, el cataléptico, el anestesiado, el hipnotizado, el hombre que sueña, el embriagado, el sometido á

ciertos trances durísimos de la vida que trastornan de un modo transitorio sus facultades superiores, el enfermo grave que delira, el niño en sus edades primeras y aun á veces el valetudinario, perdidas ya temporalmente ya de un modo definitivo, en todo ó en parte, las facultades conscientes, continúan sin obstáculo la cadena de su existencia mientras no se lesionen órganos esenciales del cuerpo, viviendo sólo la vida del inconsciente que, sin intermitencias, se desarrolla de la cuna al sepulcro.

La voluntad cien veces flaquea; muchas mas veces el raciocinio se muestra avaro de sus luces; no siempre, aun en la vida fisiológica ó estado de salud, no encontramos expeditas la memoria y la fantasía, pero al inconsciente le hallaréis siempre, envuelto en las tinieblas del misterio, allá hacia el fondo de nuestro ser, donde preside á todas las operaciones materiales, sensitivas y psíquicas, con algo de esa serena inmutabilidad con que Dios preside las revoluciones de los mundos.

Estos dos sistemas vitales, que en realidad son uno, tienen cada cual todo lo necesario para su servicio. Verdaderos intermediarios entre el alma ó yo subjetivo y la realidad exterior ó mundo objetivo, verifican de un modo análogo sus operaciones, recorriendo por así decirlo unas etapas mismas.

El mundo objetivo de lo inconsciente parece formarle el cuerpo, cuyos capilares y tejidos trasmiten esas impresiones sensoriales ó internas, de ordinario imperceptibles, á las raicillas de los nervios que, distribuidos en ellos, son encargados de conducir las, por vía centrípeta, hasta informar, valga la frase, á los centros

espinales, de donde toma origen la moción refleja inconsciente. El mundo exterior en la función consciente transmite al cerebro las vibraciones de los medios materiales, como en el oído y la vista, ó su acción por contacto, como en el olfato, gusto y tacto, con lo cual prepara las prodigiosas operaciones pictóricas de la fantasía, con quien, antes de retornar de análogo modo la corriente ó instigación motora, forma el sistema de la sensibilidad consciente, opuesto á aquella otro sistema, sensible también, pero embotado y obtuso en apariencia, hasta el punto de que sólo por sus resultados, marcadamente análogos, se puede llamar sensibilidad inconsciente ó involuntaria; pero llegada aquí la investigación no parece hallar dos facultades correspondientes, concretas y bien determinadas, que desempeñen una en cada uno de ellos, funciones intelectivas adecuadas á su propia esfera de sensibilidad, esto es, una inteligencia consciente, perdónese nos la frase y otra que no lo fuera, en el concepto discursivo ó de raciocinio.

Lleguemos pues respetuosos á la augusta facultad del pensamiento humano, donde entrambas manifestaciones parecen confundirse, y recojamos cuantos detalles, por ínfimos que sean, nos puedan dar indicios de una diferenciación correlativa.

Capítulo VIII

Segunda diálisis de las facultades del espíritu.—

La intuición y el raciocinio.

HEMOS estudiado en el capítulo anterior el profundo misterio del inconsciente humano que parece iniciar una diálisis. Hemos antes realizado con éxito la primera diálisis de las facultades psíquicas, mediante el ensueño, y hemos visto, de un lado, como representante de los elementos psico-físicos capaces de ser en algún modo objetivados á la fantasía. Del otro lado nos queda con la psiquis un vago conjunto, subjetivo siempre, durante el ensueño igual que durante la vigilia, como parte la más genuina del espíritu. Este conjunto pues, como más confuso es el que reclama con mayor urgencia la investigación analítica.

Desde el primer momento se comprende que el ensueño podrá enseñarnos algo, pero que, á diferencia de la diálisis anterior, ésta sólo puede completarse con la realidad misma.

Durante el ensueño y en medio de la escena pintada

por la fantasía con tan vivos colores que creemos asistir á ella, multitud de ideas cruzan por nuestra mente con perfecto sello subjetivo y aunque muchas son disparatadas no dejan de ofrecer cierta base sólida, cierta conexión lógica, pues el disparate, más que de la escena misma, resulta del conjunto, siendo frecuentes, sin embargo, ideas tan sensatas y acertadas, ideas en ocasiones tan oportunas, que harían mucho honor al hombre en plena vida real, pero con la particularidad sorprendente de que todas son espontáneas, intuitivas, sin asomo de raciocinios, cuya característica es, como sabemos, un encadenamiento riguroso, que va tomando por premisas conclusiones que antes dedujera, á la manera del arquitecto que sienta un sillar sobre otro y otro sobre éste sucesivamente.

Como el asunto es sobrado importante conviene detenerse en ello.

Todos los ensueños de los apuntes preparatorios de esta obra, con ser voluminosos, no recuerdan más que representaciones fragmentarias de escenas de anteriores vigiliás y alguna que otra idea asociada á las mismas y revestida de imágenes sensibles. En tales escenas, en las que parece ponerse en acción todo un suceso real, pasma ver que en el orden del pensamiento reflejo la acción del ensueño es completamente nula.

Conversaciones, lugares, recuerdos, paseos, teatros, bailes, afectos, fisonomías, detalles insignificantes ó frívolos, todo resulta á los pocos días pasado por el tamiz de los ensueños. En cambio muchos días, semanas enteras, empleadas en estudios matemáticos y de filosofía fundamental, han pasado sin que la más leve idea, de las múl-

típles atesoradas en tales estudios, tuviese su traducción, su remedo, su manifestación natural en el ensueño.

Es más, en cuanto á las matemáticas abstractas y la metafísica, se ha llegado á representar en sueños el libro en que recientemente se estudiaran, con el color, el tamaño y hasta el tipo de letra que tenía. A los dos ó tres días de estudiar Geometría, hánse presentado figuras recién trazadas en la vigilia, con cuantos detalles pudiera mostrar un buen cliché fotográfico, y, sin embargo, las ideas correspondientes, no sólo no se han reproducido, como parecía lógico, sino que ha sobrevenido indecible fatiga cerebral, cuya angustia ha hecho despertar á des-tiempo, pasándose á los pocos momentos á la vigilia, según llevamos dicho.

Jamás nos ha ocurrido en sueños realizar un cálculo, desarrollar una determinante de álgebra, meditar acerca del problema de la inmortalidad del alma; pensar en el principio de Descartes; considerar unos conjugados armónicos, nada, en fin, que sea continuación efectiva de éste ó de aquél trabajo intelectual, antes emprendido; nada que pueda referirse á algo práctico, útil y encaminado al porvenir, como en la vigilia.... Constantemente en cambio el inconexo desfilarse de escenas, impresiones, intuiciones, y sentimientos de alegría ó tristeza, placer ó dolor, simpatía ó antipatía, paisajes y luz; casi siempre y sobre todo luz, pero adecuada al detalle que se nos pinta con perfecto remedo de realismo.

¿Por qué tal dualidad? Por qué esta postración de las manifestaciones superiores del raciocinio, y esa vida exuberante de las ideas ó apercepciones intuitivas, de las

que no dicen relación al orden de la Ciencia pura y sí al de la vida real? He aquí la magna cuestión; el problema verdaderamente psicológico, porque tan extraordinaria diferencia bien pudiera tener su origen en una profunda diferenciación de la facultad que vagamente denominamos hoy razón ó inteligencia concordada con la fisiológica de lo consciente y lo inconsciente. Cuestión que, bien considerada, es la clave de la diferencia entre el estado normal, ó de integridad de facultades y el estado anormal de la locura.

Si la facultad que atesora la ciencia yace en el ensueño como si no existiese, cual si el ensueño mismo no alcanzara con sus materializaciones á las serenas alturas donde, con olímpica magestad, se asienta, ¿por qué en cambio, es activa durante el fenómeno, para cuantas exigencias tenga cerca de ella la fingida escena y para todas las facultades afectivas, más hermosas que ella y sobre todo de más superiores destinos, porque son las que, en el orden de la virtud y del amor, engrandecen ó empequeñecen al hombre?, ¿por qué ha de ser indigno, ó no adecuado, para el ensueño, el ocuparse, v. g., de la ley inmortal de la gravitación sidérea y no ha de serlo para agitar las más delicadas fibras de todo el ser con las hermosas perspectivas de la Naturaleza y las sublimes conmociones de los sentimientos altruistas, que hacen derramar copiosas lágrimas de conmiseración á la vista de la desgracia de un semejante nuestro, que algunos ensueños nos pintan con vivo colorido, ocurriendo á veces despertar anegado en ellas?

Sobre todo, si unas y otras facultades radican en el

yo de los panteistas, en el alma ó espíritu de cristianos y espiritistas, ó en el cerebro solo que dicen los materialistas, habría que convenir, en vista de esto, que el alma, el yo, el cerebro, en parte duermen durante el ensueño, sin poder despertar hasta que el cuerpo no despierte, y en parte velan, como si nada en el hombre durmiese; pero con la particularidad, verdaderamente absurda é inconcebible, de que velan para lo más elevado, que son los sentimientos, y para lo más humilde, como las frivolidades de éste ó aquél ínfimo recuerdo, y para lo más análogo, como son los demás fenómenos, y duermen, sin embargo, para otras modalidades del ser, que vienen á estar situadas entre las unas y las otras.

La normalidad con que á plazo fijo, puede decirse, y en cierto orden cronológico, á primera vista poco perceptible, se van reproduciendo en el ensueño los detalles afectivos é imaginativos que ocuparan recientes vigiliadas anteriores, puede compararse á la normalidad de una verdadera secreción, como la de la bilis, la del jugo gástrico, la urinaria etc., ó más bien á la normalidad misma del dormir y estar despierto.

Tal periodicidad regular de la función que nos ocupa, más parece el operar de una facultad materializada que el de una facultad verdaderamente psíquica, en las reproducciones de la realidad que el ensueño simboliza. Por otra parte, durante la objetivación en que coloca el ensueño á esta facultad pictórica de la fantasía, el espíritu parece estar en su perfecta integridad, pues tiene plena conciencia de sí y no experimenta ninguna extrañeza, ni nada echa de menos, como si dicha facultad, que parecía integrante de él, le

fuera perfectamente extraña en el período del ensueño. Sólo se nota, sí, que, de ordinario, el espíritu durante el ensueño carece de completa fantasía, supliendo la operación imaginativa de la vigilia con la presencia actual de la cosa imaginada: p. e., al soñar que escribimos á una persona —en cuyos momentos necesariamente ha de representarse su imágen en la fantasía— suele presentarse de ordinario dicha persona en la fingida escena, sin que se sienta la menor extrañeza, ni se ocurra quizá la idea de dejarle de escribir porque carece de objeto, ya que tenemos al interesado aparentemente en nuestra compañía, á diferencia de cualquier otra situación en que siempre se ocurre la idea adecuada al caso.

Demuestran estas consideraciones y otras muchas análogas que pudieran hacerse, que, aun existiendo tan íntima solidaridad entre la psiquis y la facultad razonadora, median entre ambas diferencias bien profundas, hallándose ésta como materializada, necesitando un esfuerzo orgánico para su ejercicio, bastante superior dinámicamente al que el estado del ensueño permite.

El criterio de lo objetivo y de lo subjetivo durante el ensueño nos enseña bastante acerca de esta diferenciación que dejamos apuntada. La psiquis es subjetiva siempre, en el ensueño como en la vigilia: la facultad, la máquina razonadora es objetiva, como la fantasía, mejor dicho, está postrada por falta de energías orgánicas, mientras en la vigilia desempeña funciones subjetivas, con notables intermitencias funcionales, por el gran consumo de fuerzas que exige. La dificultad extrínseca en diferenciar cumplidamente las ideas espontáneas —intuiciones— que se dan en

el ensueño, como se dan en el niño, en el alcoholizado, en el enfermo de la mente y, en general, durante todos los momentos de la vida, excepto el del reposo, y las ideas discursivas ó reflejas—raciocinios— que ni se dan en el sueño ni en ninguno de estos estados y que hasta cuando se quieren dar en aquél el ensueño termina por necesidad orgánica, irremisiblemente y enseguida.

Esto se ve más claro aún en la propia realidad.

Todos ó la inmensa mayoría de los psicólogos han tenido por muy diferentes la *intuición* de la que parece ser parte la *psiquis*, y el *raciocinio*. La primera *intuere*, *leer interiormente*, se ejerce en un período de tiempo tan corto que más puede decirse instantáneo, como acción de facultad emancipada de la ley del tiempo. El raciocinio, en cambio, parece materializado, porque es lento, penoso, deficiente, casi ciego y jamás es espontáneo como la intuición, que es propia y característica de la *psiquis*, sino tan trabajoso y fuera de la normalidad orgánica habitual, que sólo se verifica su función como medio á la fuerza, á virtud de los continuos mandatos de una voluntad bien templada en energías. En cuanto alguna cosa exterior distrae á los sentidos se hace difícil y hasta imposible, porque al distraerse la voluntad, que cual un capataz látigo en mano no descuida un instante al obrero, éste, el raciocinio, suspende sus tareas y se pone á descansar.

Todo cuanto pende de intuiciones es fácil, agradable, asquible á todos y natural á todo el organismo, que tarde ó jamás se cansa de intuiciones, y en medio de ellas puede, sin dejarlas, atender á doquiera. Todo lo que ha-

ga relación al raciocinio es difícil, imposible casi para muchos—hablamos del raciocinio habitual, no de momento—violento, fatigoso é irresistible durante largo tiempo, bajo las más severas penas de enfermedad ó locura.

Por eso las bellas-artes, que son fruto de la primera, agradan á todos, mientras á muy pocos son asequibles las ciencias, que en su mayor parte hacen relación al segundo y entre éstas resultan más penosas é inasequibles, cuanto menos tienen de intuitivas y más de discursivas, —sin negar por esto que toda ciencia participe de ambos caracteres y utilice la intuición como premisa ó avanzada de las investigaciones y como comprobador al raciocinio.—Por eso la religión y la moral la entienden todos, aunque, por desgracia, cada cual de su manera, y todos hablan de ella. Casi otro tanto sucede con la política al uso, con la diplomacia y hasta con la medicina en aquella parte que tiene carácter intuitivo. El número de los que saben las ciencias naturales ya es menor y más raros aún los que alcanzan á comprender debidamente, después de rudos y constantes trabajos, la psicología, la metafísica, etc. y rarísimos comparativamente los lógicos y los matemáticos verdaderos.

Cuando el individuo escucha un trozo de música adecuado á su capacidad artística, no es su oído sólo el que se recrea, ni tampoco su sola fantasía, es más bien su psiquis, el ser misteriosísimo escondido en las profundidades del cuerpo, el que llora ó se alegra, presa de mágicas intuiciones, que parecen carcer al par de explicación y de motivo, y tales mociones, delicadas é inenarrables, se tra-

ducen en una muy saludable reacción en todo el cuerpo, que deja luego aquel lugar y sale de allí enardecido, reconfortado, y, por decirlo así, rejuvenecido, dispuesto con más bríos á sumergirse en las fangosas impurezas de la realidad para afrontar las luchas de la vida. De aquí la influencia que eternamente ha tenido y tendrá la música como excitadora de la fantasía y despertadora de los más puros afectos intuitivos de la psiquis, ya en los espectáculos públicos, ya en los momentos solemnes de la vida.

Es un ejército próximo á entrar en combate: nada mejor que el patrio himno ó los nunca bien ponderados cantos regionales, que le recuerdan al par sus afecciones más santas y sus deberes más sagrados, para hacer de cada soldado un héroe. Es una pareja enamorada que llega al templo á recibir el yugo conyugal; tocadla la fantasía melancólica de Schubert, ó uno de esos mil idilios musicales que todos hemos oído con deleite y notaréis que se ilumina su mirada, y que algo de ese divino fuego que arde en sus almas compenetradas fulgura centelleante desde el fondo de sus pupilas. Tratais de remedar y de sentir al par las profundas grandezas de las luchas naturales: buscad el acorde wagneriano con sus aparentes desarmonías; deseáis pintar las placideces de la aurora del nuevo día de primavera ó atesorar el rayo de luna en una noche de verano, buscad entonces el arpejo de la guitarra, resonando melancólica tras un macizo de verdura. ¿Queréis llorar por el que ha muerto? pues escuchad en silencio las marchas fúnebres de Chopin ó de Beethoven ó el canto gregoriano del *Dies irae*. ¿Anhelais

algo divino?... Ahí lo tenéis en las sinfonías de Beethoven, Wagner y como en las sublimes estancias del *Pange lingua* ó del *Magnificat*.

La pintura, la escultura y sus similares elevan el espíritu á contemplaciones estéticas en que el alma disfruta como en su atmósfera propia, mediante su intuición, y extensísimo cuadro podríamos describir al efecto si en la mente de todos no estuviese semejante convencimiento. Igual sucede con las nobles acciones y levantados propósitos, principalmente en el orden de la caridad, como también en la excitación de los sentimientos religiosos, porque en todos ellos son poderosísimas las intuiciones y el ser humano parece disfrutar con ellas una existencia más grandiosa y más feliz.

Los sentimientos intuitivos á la psiquis característicos, lucen, con el esplendor de un día sin nubes, después de las grandes borrascas del raciocinio, que parece, en ocasiones, atrofiarlos ó postrarlos. Nada más hermoso, tras las dudas de Hamlet ó de Fausto, que las conversiones repentinas de San Agustín ó de San Pablo. El sabio que después de calcular un eclipse con rigurosa precisión matemática, contempla los juegos infantiles de sus niños, siente en su alma una dicha desconocida que nunca pudo darle el frío raciocinio. Cuando Newton, tras las nuevas y más exactas medidas del radio terrestre, entrevió en sus cálculos, que arrinconados tenía por no exactos, la ley sublime de la gravitación universal, aquella idea intuitiva que se anticipara á las postrimerías de sus operaciones matemáticas, inundó su alma con sentimiento tan vivísimo que fuéle imposible continuar.

Precisamente los sentimientos más grandes suelen ser los más extraños al orden del raciocinio. El ejemplo de los mártires, sacrificándose en aras de prodigiosas intuiciones, pudo más para propagar el Cristianismo que todos los raciocinios de los doctores. El heroísmo vidente de Colón, presa de supremas intuiciones de un nuevo mundo, llegó á donde no llegaron los sabios de la Junta de Salamanca. Una intuición, una idea repentina de un chiquillo ocioso, pudo más para el perfeccionamiento de las máquinas de vapor que estudios cifrados en rigurosos raciocinios.

Con la mera argumentación lógica ni á los mismos lógicos se convence, porque es bien extraño que, siendo ésta una ciencia de sólidos principios, haya tantas lógicas como escuelas filosóficas; pareciéndose muy poco la lógica de Kant á la de Santo Tomás de Aquino ó á la de Stuard-Mill, por ejemplo. En cambio, el resorte para mover, no ya á éste ó al otro hombre, sino á masas enteras, aunque sean sabias, sugestionando hasta sus propios pensamientos, cifra sólo en despertar sus pasiones elevadas y sus sentimientos, que no es sino provocar en sus almas vibrantes intuiciones. Así se explica el mágico poder de la palabra oratoria, del gesto y de la mirada, concordante con el divino precepto de Horacio: *si vis me flere...* y tal es la causa del poder avasallador del genio, que será sugestivo, heróico, sublime y cuanto se quiera, pero que no es razonador en gran manera, y sí, por acaso, llega á serlo, jamás toma al raciocinio por base, sino por instrumento, para ascender, con paso firme pero lento, á las enhiestas alturas que su intuición, con mirada de águi-

la, entreviera á lo lejos. Y no se diga que este efecto es de pura fantasía, porque aunque la fantasía juegue en cuanto indicado llevamos un papel muy preferente ya que la intuición es una facultad binaria integrada por ella y por la psiquis, la fantasía no es sentimental, sino la gran despertadora de sentimientos; no es consciente, sino la gran palanca de la suprema y bellísima inconsciencia anímica y el medio indispensable para la genuina conciencia razonadora.

Un mismo paisaje, capaz de encantar por sus bellezas; un trozo musical bien concertado; la flor de más aroma; el manjar más exquisito, pueden, con sus correspondientes sensaciones, ser hermosamente atesorados por la fantasía, como *percibidos* tan sólo. Pero para llegar en su contemplación á más altura es preciso subir el diapasón normal de la facultad pictórica, evocar sobre sus representaciones los sentimientos, recuerdos é ideas inconscientes que yacen como aletargados en el espíritu; evocarlos bajo un dulce mandato de la voluntad ó una pequeña excitación orgánica; hacer, en fin, que la psiquis se *aperciba*, se de cuenta y las perspectivas, antes muertas, cobrarán nueva vida; empezarán á fluir ideas y emociones en raudos manantiales de delicias. El pintor, el músico y el poeta pueden entonces atesorar las innumerables bellezas que de aquel conjunto surgen tan espontáneamente como surgen en Mayo las flores de las praderas, dando margen á inestimables intuiciones, que pueden luego ser trasladadas al lienzo, al papel ó al pentagrama en creaciones inmortales, y allí no sólo al artista le es dable recoger frutos, que atribuirse pudieran en gran parte á la mera fantasía,

sino que el mismo hombre de ciencia puede elevarse á intuiciones muy trascendentales, relacionándose casi espontáneamente también unas ideas con otras, en conjuntos grandiosos de un instante, que necesitan después cientos de cuartillas para ser desenvueltos y demostrados sobre el papel con las debidas exigencias del raciocinio.

Numerosas frases célebres de los hombres que por una ú otra causa se han inmortalizado en la Historia podrían citarse como síntesis inimitables de una intuición que debidamente expresada en forma de raciocinios, á más de resultar frívola é incolora como cuando se traduce de una lengua á otra, apenas podría encerrarse en páginas enteras.

De esta clase es también esa sabiduría popular encerrada en refranes y sentencias que llevan en sí el sello de la intuición y recopilan por tanto numerosos raciocinios. De este orden es, asimismo, cuanto emana de inteligencias privilegiadas, que con pocas ideas generales atesoran los innumerables conocimientos que integran á cualquiera de las ciencias mediante ese poder superior al nivel medio de la inteligencia humana, que se aproxima un tanto al conocimiento que los teólogos cristianos atribuyen á las entidades angélicas, *por concepto*, ó de conjunto, no *por discurso*, siguiendo una muy respetable teoría de Santo Tomás, que nuestro Balmes comenta con la maestría que él sabe lucir en sus trabajos.

Apesar del gran rigor demostrativo del silogismo, por algo no se le ocurre á nadie pensar siempre con riguroso orden silogístico, porque tal pensador, si existir pudiera en contra de todas las leyes orgánicas, sería tan

insensato como el que, teniendo que trasladarse prontamente de un lugar á otro muy apartado, empezara por construirse la carretera por la que había de encaminar sus pasos al punto de su destino.

A más de los caracteres diferenciales apuntados, que demuestran muy cumplidamente cómo la intuición propia de la *psiquis* asociada á la fantasía, es una facultad distinta, subjetiva y más espiritual que el *raciocinio*, consignaremos otro no menos importante, comprobado por el ensueño: La intuición es sintética y analítico el *raciocinio*. El análisis de éste puede demostrar la asociación, evolución y aun la génesis de las ideas, pero á medida que el punto analizado se aleja del *raciocinio*, al seguir la escala ascendente que le hace pasar de lo particular á lo general, cae muy pronto y de lleno en la amplísima esfera de lo conquistado por la intuición.

En resumen: El ensueño nos ha diferenciado las dos facultades *psiquis* y *fantasía*. El mismo ensueño, juntamente con el estudio de la realidad, ha distinguido, por su parte, la intuición integrada por ambas (facultad que es genuina y característica de lo que en nuestro habitual dualismo llamamos alma) del *raciocinio*, más ligado al cuerpo de lo que se cree. Inconsciente aquélla: genuinamente consciente éste. La diálisis del presente capítulo concuerda pues, con la que por el anterior nos dió la fisiología.

Así queda comprobada, como resultado de los análisis de los tres capítulos que anteceden, la magna trilogía de facultades simples: *psiquis*, *fantasía* y *raciocinio*, importando muy poco para el verdadero rigor científico el

que se las den estos nombres, ú otro cualesquiera, que no trasciendan á prejuicios de ésta ó aquella escuela filosófica.

Capítulo IX

Análisis general de las facultades complejas del espíritu.

ESBUZADO el alcance de nuestro método psicológico en nuestros primeros capítulos, hemos iniciado después el análisis de las facultades y hallado por la diálisis del ensueño, la psiquis y la fantasía; aprovechando después genuinas atonías orgánicas durante el fenómeno somnológico y fijándonos especialmente en la vigilia, hemos desdoblado el espíritu humano en dos grandes facultades la intuitiva y la discursiva que se enlazan, la una con el orden de fenómenos sensitivos nerviosos de índole inconsciente á los que dentro de su compleja textura preside, y con los de índole consciente la otra; como si la primera pretendiera ser la parte intelectual de aquel sistema de sensaciones internas y la segunda la parte eminentemente consciente y razonadora que preside á las sensaciones externas.

Pero la misma experiencia nos atestigua todos los días innumerables fenómenos, que no pueden referirse privativamente á ninguna de dichas tres facultades, como las

recordaciones, las voliciones, el acto de abstraer, el de observar etc., y, por otra parte, cabe pensar, según la lógica nos enseña, que las tres facultades así separadas por el artificio científico de nuestro análisis coexistan como facultades activas que son, dentro de la perfecta dinamia de la vida, en síntesis parciales ó totales, que, al aspirar á una acción superior, vayan preparando su funcionamiento en la vida por acciones recíprocas de cada una sobre las otras dos, con ese mismo mecanismo centrífugo-centrípeto con que vemos funcionar sus órganos correlativos del sistema nervioso, según dijimos. Por ambos motivos el ánimo, para afianzar la conquista que ha hecho por método irrecusable de aquella misteriosa trilogia de facultades activas, se siente inclinado á hacer pie en ella, tomándola por punto de partida para un análisis concienzudo, que descienda á explorar el mecanismo de las funciones ó facultades complejas que resulten al actuar juntas.

Tanteemos previamente qué número de facultades complejas se pueden originar de las combinaciones de las tres facultades que, para darlas algún nombre, hemos llamado psiquis, fantasía y raciocinio. Desde luego que á cada una se la puede concebir actuando por sí, sin ligarse ni reaccionar sobre las demás, constituyendo el caso en capítulos anteriores estudiado en que á cada una la hemos aislado de las otras dos. Empero, al combinarlas, pueden tomarse, según el lenguaje de los matemáticos, de dos en dos y de tres en tres y como para el caso no puede ser indiferente el que de dos cualesquiera que se tomen la primera actúe sobre la segunda, ó vice-versa la

segunda sobre la primera, cada una de expresadas combinaciones nos dará una nueva combinación, ó como dicen los matemáticos, habrá necesidad de hacer las coordinaciones monarias, binarias y ternarias de los tres elementos ó facultades simples referidas.

Para hacernos comprender mejor designemos á la fantasía, raciocinio y psiquis por las letras *a*, *b* y *c*: así tendremos las tres facultades aisladas, representadas por las tres coordinaciones monarias

a *b* *c*

que acabamos de estudiar anteriormente.

Supongamos también que, en el orden con que vamos coordinándolas, la primera represente la facultad activa y la segunda la pasiva en la coordinación. Así obtendremos:

<i>a b</i>	<i>a c</i>
<i>b a</i>	<i>b c</i>
<i>c a</i>	<i>c b</i>

Que, según el convenio adoptado, significarían: la *a b* la fantasía actuando sobre el raciocinio; la *a c* la misma actuando sobre la psiquis, la *b a*, inversa de la *a b*, el raciocinio actuando sobre la fantasía, y así sucesivamente.

Al disponer las coordinaciones ternarias, ó de las tres, nos resultan:

<i>a b c</i>	<i>a c b</i>
<i>b a c</i>	<i>b c a</i>
<i>c a b</i>	<i>c b a</i>

Que, de igual modo, simbolizan: la *a b c* la fantasía actuando primero sobre el raciocinio y sobre la psiquis

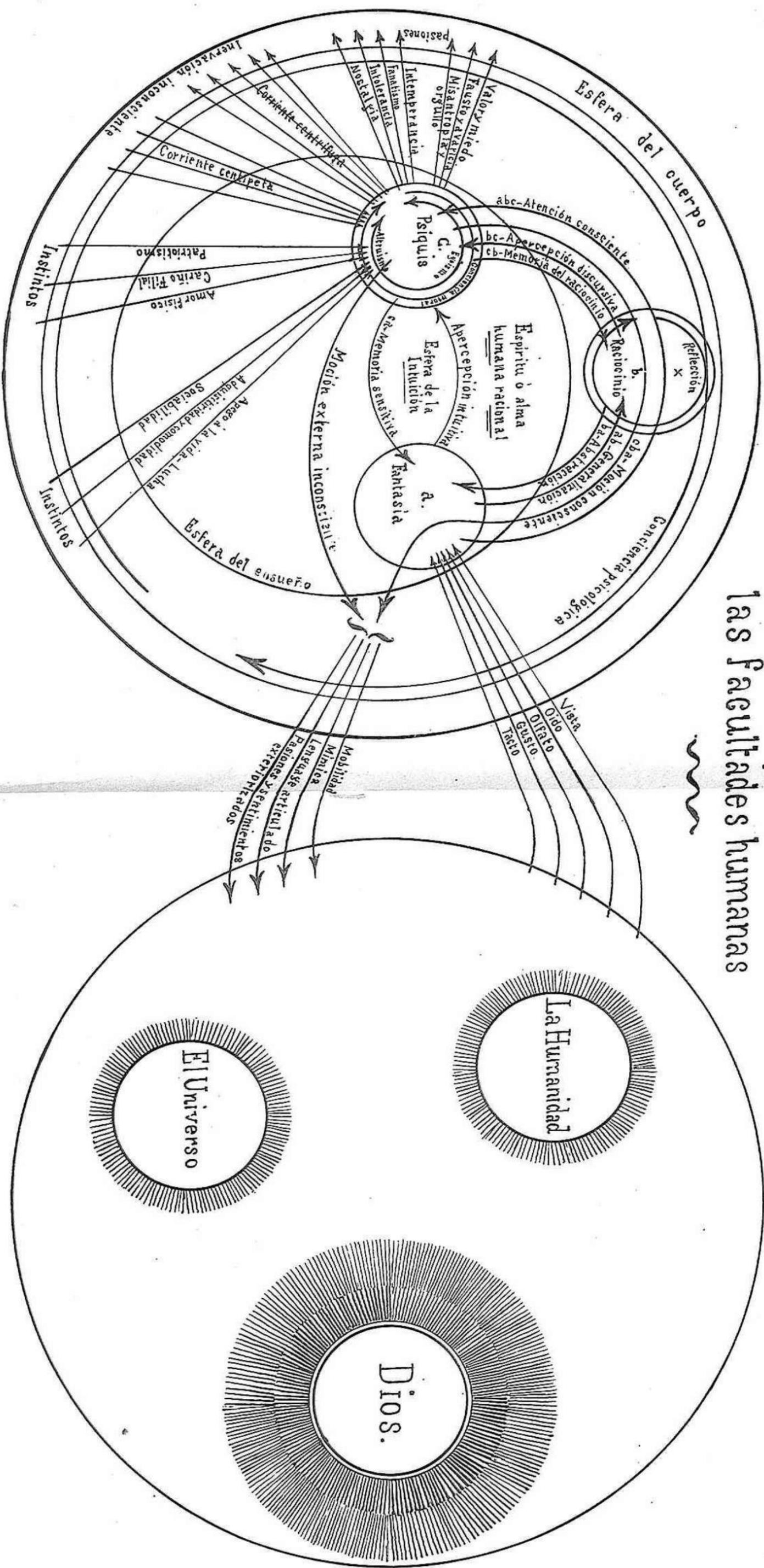
después; la *a b c* la misma fantasía actuando antes sobre la psiquis y después sobre el raciocinio, etc. etc.

De aquí resultan tres facultades simples, y doce facultades complejas en la esfera de la metafísica ó matemáticamente posible. Intentemos investigar si se dan en la realidad esas facultades, como se dan en la esfera de la posibilidad pura.

Recurramos al esquema adjunto, único capaz de aclarar tanta complicación, pero antes hagamos algunas consideraciones.

Prescindiendo de divagaciones metafísicas, nuestro ser, verdadero microcosmos de la Creación, forma por sí un mundo personal ó subjetivo, contrapuesto al objetivo ó externo. En éste se nos presenta la magna trilogía de Dios La Humanidad y el Universo, en la cual, el primero, á quien por coincidencia singular consideran trino al par que uno todas las teogonías del Asia, especialmente el Cristianismo, informa y da vida á los segundos por actos purísimos de creación y conservación. En aquel, ó sea en el mundo subjetivo, que le es en alto grado semejante, brilla la sublime trilogía que ya hemos encontrado, y en la cual la psiquis principio esencialmente activo, simple, y que parece llamado á la inmortalidad, derrama sus acciones vitales sobre los otros dos centros, fantasía y raciocinio, que nada serían si ella no los informase, á imagen del Ser Increado, que de manera análoga, aunque superior en grado infinito, viene á ser la psiquis de cuanto existe, compendiado en esas dos magnas entidades del conjunto de todos los hombres y el *summum* de todo el Universo.

Quadro esquemático de las facultades humanas



Estos dos mundos, que para mayor claridad los hemos dibujado iguales, se presentan á nuestra vista frente á frente, como frente á frente se hallan también los dos círculos ó esferas por los que se representan en la lámina.

Su acción, como todo en la Naturaleza, es continúa y recíproca. El mundo objetivo influye en el subjetivo, por vía que podemos llamar centrípeta respecto del espíritu, mediante las sensaciones externas de los sentidos y vice-versa el subjetivo actúa sobre el objetivo mediante las diversas especies de la corriente centrífuga exteriorizada, esto es, mediante la motilidad, el lenguaje articulado y la mímica. En la precisión de representar este mutualismo de algún modo en nuestro esquema, hemos figurado los numerosos sentidos posibles por flechas, que desde fuera se dirigen á la esfera del espíritu, y estas mociones por otras correlativas, que desde el espíritu se dirigen al exterior, quedando entrambos enlazados de este modo, por un remedo de red telegráfica, con una vida de relación que es imágen de la realidad de estos fenómenos según la experiencia nos atestigua.

Llegados á aquí podemos ya prescindir de la esfera objetiva que, como tal, está fuera del estudio psicológico, y consagrémonos en cambio á considerar atentamente la segunda.

A poco que el hombre se observe á sí propio, nota desde luego un perfecto dualismo, que podrá ser real ó aparente, entre su cuerpo y las facultades de su espíritu, viniendo aquel á constituir, con relación á estas, una verdadera zona semi-objetiva. La esfera del espíritu, por tanto, debe representarse concéntrica á la del cuerpo y

menor que ésta ya que, al servir de constante intermediario en las relaciones con el mundo externo, debe encerrarla, para seguir con rigor el símil de nuestro esquema:

De la misma manera que si se privase á la esfera subjetiva de toda comunicación con la objetiva no existirían la una para la otra, el conjunto de cuerpo y espíritu que llamamos personalidad humana, tampoco podría existir; si no mediasen entre ellos recíprocas comunicaciones que mutuamente arrancaran del uno y fueran á perderse en el otro. Este postulado lógico resulta posible en fisiología; por cuanto desde el cuerpo pasan los nervios inconscientes del sensorio interno valga la metáfora, al principio siempre activo del hombre que parece albergado en la columna vertebral, y desde aquí se extienden hacia aquel, recíprocamente, los nervios motores reflejos, inconscientes también. Si esta doble corriente se hiciera consciente, como la que existe entre el mundo subjetivo y el objetivo, desaparecería la personalidad humana, para dar lugar á un dualismo perfecto, en que serían recíprocamente extraños uno á otro el cuerpo y el espíritu, y si la doble corriente desapareciera, como debe acontecer con la cesación de la vida, no sólo serían extraños, sino que el uno para el otro habrían dejado de existir.

Entrambas corrientes están simbolizadas con flechas, de igual modo que las análogas entre lo objetivo y lo subjetivo.

Penetremos resueltamente en la esfera del espíritu para averiguar cuántas facultades, de las acusadas por las coordinaciones matemáticas que antes hiciéramos, se pueden comprobar en la trilogía de psiquis, raciocinio y

fantasía, que ella en su seno encierra, según va dicho.

De estas tres facultades simples, solamente hemos hallado frente á frente la fantasía, objetivada en el ensueño y la psiquis ó principio subjetivo, lo que nos permite demarcar la esfera del ensueño dejando fuera por su atonía al raciocinio. Ella constituye la propia esfera de la intuición.

Con harto fundamento el ensueño nos parece una nueva vida, porque lo es realmente, y muy semejante, por no decir idéntica á la otra vida de la vigilia, pues, aun verificándose en el seno de la gran esfera del espíritu, la psiquis sigue siendo la misma de la vigilia, aunque desprovista del raciocinio, que yace postrado, y de la fantasía perfecta que ha tenido una inversión completa, poniéndose del lado de lo objetivo que es su riqueza nativa, genuina. El mundo objetivo está fielmente representado, á su vez, por esta facultad pictórica, constituida en lugar y como en representación suya.

Nada más natural, por tanto, que haya un remedo absoluto de la vigilia; pues los dos mundos, más pequeños, enteramente semejantes á las grandes esferas de lo subjetivo y lo objetivo, que integran la esfera de la intuición, siguen, cuando se les deja solos, una labor que empezada tenían, porque la psiquis es la eterna avara, que atesora, desde que nace hasta que muere el hombre, todo cuanto emana del exterior, y la fantasía es la constante pintora que, cual una placa á la vez fotográfica y fonográfica encerrada en la cámara obscura del cráneo, hacia las profundidades de la lámina cenicienta; no cesa de sacar clichés, de momento en momento, de cuanto percibe de fuera, pre-

sentándolo á los ojos de la psiquis tan luego como ésta, al sentirla repuesta de sus fatigas por el descanso, la ofrece adecuada ocasión y la invita á mostrar sus tesoros de impresiones anteriores, aprovechando los momentos de silencio, tranquilidad y misterio, por decirlo así, que reinan en el santuario craneario durante las atonías de la voluntad y del raciocinio puro.

De las doce facultades complejas posibles nos encontramos dos enseguida la *a c* y la *c a*: la *a c* por la que la psiquis verifica pasivamente, ó recibe, la *apercepción directa ó intuitiva* de los objetos que le presenta la fantasía, ya de sí propia como en el ensueño, ya de lo que en ella acaba de grabar el mundo exterior por mediación de los sentidos, y la inversa *c a* ó *moción mnemónica sensitiva*, por la cual la psiquis, cuando lo desea, decreta una recordación factible, y hace reproducir el cuadro de una escena anterior, más ó menos remota, á la pictórica fantasía. Esta segunda facultad de la memoria no se da claramente y como tal durante el fenómeno del ensueño por falta del contrapeso de la realidad y porque éste es principalmente unilateral ó de corriente centrípeta preponderante, *a c*, coordinación que constituye la facultad de la *apercepción intuitiva*.

Dejando el ensueño á un lado y tomando la vigilia, ó bien, en el lenguaje de nuestro esquema, dejando la esfera parcial del ensueño y tomando la esfera total del espíritu busquemos las cuatro facultades complejas binarias que nos restan.

Desde luego la experiencia y los estudios de todas las escuelas psicológicas hasta el día, nos enseñan que la sen-

sibilidad es la base indispensable del raciocinio. El ciego de nacimiento, desprovisto de las sensaciones suministradas por el órgano de la vista, no puede razonar sobre los colores ni sobre las perspectivas, por más esfuerzos que verifique, y cuantas explicaciones se le den de ellos son tan vanas como ridículas. Igual sucede al sordo-mudo con las palabras y demás sensaciones acústicas, y á aquellos otros hombres desprovistos del sentido del alfato. Asimismo estamos viendo á diario que, cuando los sentidos se extravían, por más íntegras que estén las funciones del raciocinio, los juicios son equivocados, como sucede á las personas que son víctimas de cualquier afección de ánimo que perturbe de algún modo á la fantasía, y á las que, por estado morbozo de sus nervios ó del cerebro, como en la histeria, tienen alterado el órgano del gusto, y mientras concibe gran repugnancia hacia mil alimentos agradables para paladares sanos, experimentan placer y juzgan buenas substancias insípidas, como la tierra, el carbonato de plomo etc.

Resulta pues, que la fantasía, como facultad colectora de las percepciones externas, está siempre á las puertas del raciocinio. Pero, como facultades que son distintas, apesar de su íntima unión que deriva sin duda de la de sus órganos en el encéfalo, su influencia recíproca resulta menos perceptible, aunque se comprueba desde luego con sólo observar á una y otro en los momentos más conscientes de la vida, ó sea durante el estudio y la meditación, en los que campea triunfante y trabaja intensamente el raciocinio, porque entonces esta preciosa facultad, actúa de un modo intensísimo sobre la fantasía, por medio de la abstracción, la cual separa en las representaciones

sensibles los elementos de ellas tesorados por la fantasía, condenándolos, por decirlo así, á un olvido ó una desaparición momentánea. Por ejemplo, en la imágen de una manzana podemos prescindir por la abstracción de sólo su color, de solo su gusto ó su aroma, de su solo tacto ó escasa sonoridad, quedando respectivamente sus demás cualidades, ó, en fin, prescindir ya de golpe ya por grados de todas éstas, restándonos en su lugar la noción abstracta de su superficie casi esférica, que la presenta separada del resto del espacio indefinido, y susceptible entonces de caer de lleno en las investigaciones de la Geometría.

Queda comprobada por tanto la facultad centrífuga $b a$ de la abstracción, por la acción del raciocinio sobre la fantasía. ¿Cual es la facultad correlativa, directa ó centrípeta de la $b a$, ó facultad de la abstracción? Muy sencillo: otra que se estudia después en los tratados de psicología. La importantísima facultad de la generalización, $a b$, que, como su homóloga de la abstracción, falta en todos los animales, al carecer también de raciocinio.

En efecto, al par que la fantasía trasmite á la psiquis de un modo directo ó intuitivo, contínuo y como inconsciente, cuanto emana del mundo exterior, tiene el hombre sano otra segunda vía de trasmisión del mundo exterior á la psiquis y vice-versa, trasmisión cuyo régimen sufre intermitencias nacidas en la esfera del raciocinio, por el fuerte cansancio orgánico que el ejercicio de esta poderosa facultad origina, y es precisamente el raciocinio quien sirve de eslabón ó centro intermediario, dando ó no vía libre á las trasmisiones, según que funcione ó esté

en atonía, é influyendo en ellas con acción tan omnímoda como decisiva.

Al iniciarse por la voluntad consciente esta segunda corriente recíproca, (que jamás se da en el sueño y sólo funciona bien durante la vigilia), en los momentos de las grandes energías voluntarias que supone siempre el ejercicio orgánico del raciocinio, la fantasía—á la manera de como antes lo verificaba directamente á la psiquis por la facultad *a c* de la intuición—trasmite á este sus pinturas ó representaciones sensibles, que el raciocinio va colocando en su lugar, á virtud de las leyes de la ciencia lógica, que de él ha nacido. Esta generalización metódica se inicia con la observación, en la que el raciocinio parece limitarse á un papel relativamente pasivo; se complementa con los resultados de la experimentación, que en plena acción vital desarrolla, asociado á otras fuerzas de sus facultades congéneres, y tiene su completa apoteosis en esa divina resultante por virtud de la cual lo sensible se eleva de su propio orden y pasa, trasformado, cambiado por completo, á las sublimes regiones del mundo fenomenal de las ideas, que para el orden exterior es otro mundo distinto, riquísimo patrimonio, exclusivo de la humana racionalidad.

Merced á la flaqueza ingénita de las facultades orgánicas del espíritu y á la más característica aún del raciocinio, que parece tomar por órgano la corteza de los hemisferios cerebrales, la abstracción y la generalización, tan brillantes de un día, de un momento, corren peligro de resultar estériles un momento después, al seguir la corriente fatal de la existencia orgánica, que con su mar-

cha de renovación eterna, parece propende á un cierto aniquilamiento de *lo viejo*, pero se salvan sus copiosos frutos merced á otra facultad, eterna en sí, genuinamente psíquica, que la tiende su mano librándola del naufragio al par que se aprovecha de sus enseñanzas importantísimas como veremos al hacer la síntesis de la vida de la intuición con la del raciocinio. Esta facultad salvadora que ya veremos es la intuición, se vale de la *memoria intelectual*, *c b*, que estereotipa los conocimientos adquiridos por el raciocinio; facultad análoga salvo las naturales diferencias de su preminente categoría con la otra *memoria sensible* que actúa sobre la fantasía. La facultad atesoradora *b c*, recíproca de la anterior, bien se comprende que debe ser considerada como la apercepción mediata, racional del espíritu.

He aquí comprobadas, ya las seis facultades complejas binarias que una coordinación matemática de las tres facultades simples nos había hecho entrever con anterioridad. Falta solo comprobar las otras seis facultades complejas ternarias que, como puede colegirse, son las más sintéticas del hombre y las encargadas como de presidir el funcionamiento de la vida. Pero no es ocioso notar que estas seis coordinaciones ternarias nos dan, no otras tantas facultades posibles, como parece á primera vista, sino doce en lugar de seis porque en cada una, la *a b c*, por ejemplo cabe considerar como activa la *a* y pasivas la *b* y *c*, ó bien activas las dos primeras y pasiva la última. Ambas modalidades para mejor comprensión pueden distinguirse separando por un punto la parte activa de la pasiva, v. g. *a. b c* y *a b. c*.

En el momento que llegamos aquí se nos presenta la perspectiva posible y complicada nada menos que de otras doce facultades, sobre las nueve que llevamos comprobadas entre simples y binarias, pero cierta secreta intuición parece anunciarnos que no deben darse todas doce en la esfera de la realidad, tal y como se anuncian en la esfera, más amplia, de la posibilidad metafísica.

Vemos desde luego en la química que en las combinaciones de los cuerpos simples la posibilidad nos acusa compuestos ternarios, cuaternarios, quaternarios, etc., en número que asombra, por llegar á sumar muchos miles y aún millones, y, sin embargo, puede decirse que la molécula quaternaria de un compuesto casi no se da ya en la Naturaleza inorgánica siendo mucho mayor el número de compuestos binarios que el de ternarios, éste que el de los cuaternarios, contra lo que matemáticamente debiera suceder. Un fenómeno semejante puede comprobarse en el estudio de la cristalografía, donde se aprende que todos los cristales minerales se pueden reducir á cuatro ó seis tipos geométricos únicos que, partiendo del cubo, prototipo de la regularidad poliédrica, llegan hasta el prisma bi-oblicuo, irregular ya en cierto modo, y aunque la posibilidad matemática nos acusa en los últimos sistemas mucho mayor número de modificaciones posibles de los cristales tipos por truncaduras, biseles y apuntamientos, según la llamada ley de simetría, resulta, sin embargo, que, mientras más se aleja el cristal tipo de la regularidad del cubo, en lugar de aumentar las formas derivadas, siguiendo la mera posibilidad, disminuyen considerablemente. El Algebra pura, en fin, concibe la posibili-

dad de n dimensiones, esto es, de un número indefinido de dimensiones geométricas mientras que su correlativa la Geometría sólo nos muestra *tres* en los cuerpos, no alcanzando tampoco nuestra fantasía á concebir una cuarta ó quinta dimensión.

Tenemos, pues, el cuadro de las facultades ternarias posibles, constituido del siguiente modo:

$$\begin{array}{cccc}
 a. b c & a b. c & + a. c b & + a c. b \\
 + b. a c & + b a. c & + b. c a & + b c. a \\
 - c. a b & + c a. b & c. b a & c b. a
 \end{array}$$

Busquemos caracteres de eliminación, si existen.

El raciocinio, por sí, conforme antes se ha dicho, no tiene espontaneidad ó facultad de determinarse á sí mismo, porque para entrar en funciones precisa los continuos esfuerzos y vigilancia constante de la voluntad, que, como toda otra moción, arranca de la vitalidad psico-orgánica principio motor del organismo y receptor último y definitivo de todas las corrientes centrípetas que, á través de la fantasía sola ó del raciocinio y la fantasía, llegan del exterior. Toda facultad ternaria matemáticamente posible resultará, pues, imposible, por perturbadora de la marcha regular del espíritu, si ha de estar en pugna con la ley establecida de que no puede tomarse por base activa primaria al raciocinio. Las ternarias $b. a c$ y $b c. a$ se hallan en este caso. También lo están los $b a. c$, $b. c a$, porque suponen que el raciocinio asimismo toma la iniciativa ya sobre la psiquis por medio de la fantasía, ya en ésta por mediación de aquella.

Del mismo modo hemos determinado ya que en la fantasía toman origen dos corrientes centrípetas hacia la

psiquis; la intuitiva ó directa y la mediata ó discursiva. Las facultades ternarias que en este supuesto resulten trastocando esta marcha centrípeta, deben ser también desechadas, como perturbadoras del sistema.

En este caso se hallan las que tienen la psiquis, *c*, al medio, no al principio ó al fin de la coordinación, (según sean centrífugas ó centrípetas), y por ello debemos des- echar igualmente las coordinaciones *a. c b*, *a c. b*, que suponen á la fantasía actuando sin necesidad sobre el raciocinio por mediación de la psiquis misma, y las *c. a b* y *c a. b* por una razón análoga.

Sólo nos quedan pues de las doce coordinaciones ó facultades ternarias las *a. b c* y *a b. c*, que en realidad son una misma y única *a b c*, por cuanto en ambas el raciocinio resulta pasivo para la psiquis y activo para la fantasía y la corriente centrífuga *c b a* en que recíprocamente el raciocinio resulta activo para la psiquis y pasivo para la fantasía.

Se comprende bien la inmensa trascendencia que estas dos corrientes han de tener para la vida del espíritu, cuya prodigiosa síntesis realizan. Por la primera *a b c* la psiquis está llamada á recibir la acción del mundo exterior á través de los sentidos y de la fantasía (vía centrípeta directa) y además del raciocinio (vía centrípeta mediata) y por la segunda asume sintéticamente su vida y la de las múltiples facultades, que irradia hacia los centros organo-psíquicos de raciocinio y fantasía, y se manifiesta al exterior por los movimientos musculares voluntarios, entre los que descuellan los del lenguaje articulado y de la mímica.

Inútil es decir cuáles sean estas facultades integrales. La una que, operando de fuera á dentro, coloca al espíritu en actitud pasiva para el mundo objetivo, es la noción general de *la atención*, indispensable en las apercepciones del espíritu. La segunda, eminentemente activa, característica de la psiquis, frente á frente del mundo exterior y adornada con las condiciones inalienables que le aseguran su autónomo funcionamiento, es la *voluntad consciente y libre*, nota culminante del hombre que, por la intervención que en ella tiene el raciocinio, le diferencia de cuantos seres pueblan la superficie del planeta.

Estas dos corrientes generales del mundo á la psiquis de la psiquis al mundo, pueden sufrir alteraciones ó interrupciones parciales, voluntarias ó involuntarias, que aseguran al espíritu su dominio pleno de la vida psíquica, por de pronto, mediante los nervios voluntarios de los párpados puede interrumpir el acceso de la luz á la retina y por tanto la visión; puede, mediante las manos, cortar la comunicación de las ondas luminosas, sonoras, cuanto el funcionamiento del olfato y del gusto; puede evitar determinadas impresiones táctiles, cambiando de lugar ó de actitud; con la simple atenuación de la corriente centrípeta, puede, ya por sí sola, ya despertando sentimientos, interrumpir la vía plenamente consciente, dejando á un lado al raciocinio con sus facultades activas de abstracción y apercepción discursiva y sus pasivas de generalización y memoria racional que, por el contrario, pone en juego aumentando por un exceso de fuerza de la voluntad la intensidad de la misma, finalmente, al colocarse en la modalidad *c. b a* ó en la *c b. a*, actúa conscientemente ya sobre

el raciocinio é indirectamente sobre la fantasía, bien sobre esta última apoyada y reforzada con el impulso orgánico de aquél.

En resumen: como facultades complejas centrípetas ó de apercepción tenemos las binarias de *intuición*, *abstracción* y *apercepción discursiva* y la ternaria que constituye la *atención*, y como centrífugas las binarias de *memoria sensitiva*, *generalización* y *memoria racional* y la ternaria de la *moción general psíquica*, que, junta con la atención, integra la voluntad consciente y libre. Cabe también que esta moción trueque su dirección, cambiándose, por decirlo así, de rectilínea en rotatoria, dentro de la esfera del raciocinio, según el lenguaje admitido para nuestro esquema, dando lugar á la reflexión propiamente dicha. Otra corriente rotatoria análoga, determina en la psiquis sola la conciencia de su conducta en el orden del deber moral, á diferencia de la conciencia psicológica que de manera parecida, abarcando á las demás facultades, se desarrolla en la esfera general ó común de todas ellas.

En realidad, si bien se consideran, las apuntadas no merecen el nombre de facultades del espíritu, sino más bien el de modalidades de la vida del mismo y aquel nombre debe reservarse para las tres simples é irreductibles ya dichas: las organo-psíquicas de raciocinio y fantasía y la genuinamente espiritual, dentro del actual estado de la ciencia, constituida por la mónada simplicísima de la psiquis.

Aquellas dos facultades organo-psíquicas, apesar de su importancia capitalísima, pueden alterarse ó no darse

en el hombre, por estados morbosos especiales de los órganos en que radican. El raciocinio, por de contado, falta á todo hombre durante el sueño ya natural ya artificialmente conseguido, y es harto frecuente su pérdida temporal en el alcoholismo, en la sugestión y en múltiples enfermedades de los centros del encéfalo, como las diversas especies de locura. El raciocinio con la fantasía, no se dan casi en el imbécil ni en el cretino sin que por esto desaparezca la vida.

¿Qué otros lazos, pues, ligan á la psiquis con el cuerpo?

Ya antes lo hemos dicho. Los lazos de física unión son los de la inervación inconsciente: los lazos psicológicos son también clarísimos. La corriente centrípeta ó del cuerpo á la psiquis la constituyen *los instintos* ó facultades inconscientes y la centrífuga se caracteriza por *las pasiones* ó sentimientos, inconscientes también.

—¿Por qué no son conscientes los instintos y las pasiones? Muy sencillo: porque no juega en ellos el raciocinio ni la fantasía de un modo directo.—¿Por qué se sienten unas y otros, sin explicarse ni casi concebirse?—Porque, encargados de la conservación del gran conjunto humano, no necesitan, ni deben afectar á las facultades superiores, conexas todas con las relaciones del mundo exterior, y no dependen ó dependen muy poco de la voluntad porque ésta necesita centros conscientes en que apoyarse y desenvolverse.

En nuestra esquema, dos sistemas de flechas marcan esta doble corriente, que, para mejor comprensión, se han puesto separadas de las que representan los nervios de lo

inconsciente. Si como, parece lógico, ciertos instintos están localizados en algunos de estos nervios, la doble corriente de ellos y de las pasiones podrían identificarse con las que en el esquema representan á aquellos.

A punto de terminar el capítulo, parece como que olvidamos lo más esencial del orden psíquico, es á saber *los sentimientos*. ¿Son facultad? ¿son una operación del yo? ¿qué son, en fin, y dónde colocarlos? No han de colocarse en lo inconsciente puro (aunque tienen no poco de inconscientes) pues que la misma etimología de la palabra lo repugna; no en la fantasía, porque son mucho más que una pintura, ni tampoco en el raciocinio, ya que no se sujetan á regla alguna lógica; no en la memoria, ni en la intuición, ni en las demás facultades complejas, porque son tan simples como grandes é intangibles; no en la esfera objetiva porque nada hay tan sublime ni tan genuinamente subjetivo y psíquico. Es en la psiquis misma en el *sancta-sanctorum* del espíritu, donde cabe dar un puesto digno á estas modalidades purísimas, buenas ó malas, y capaces de colocar al hombre en el Universo como el primero ó como el último de los seres que en él viven. Son ellos, en una palabra, la más genuina manifestación del espíritu en la psiquis, ésta como señora de sí propia y reina del mundo.

El hombre, en fin, se conoce á sí propio, como uno de tantos seres de la Naturaleza; sabe hasta donde llega su espíritu y lo sabe sin duda merced al vínculo general que crea la normalidad funcional de la vida; ésta es pues la conciencia psicológica, noción fundamental de nuestra existencia como seres sensibles y de raciocinio, verdadera

serpiente de los egipcios que se muerde la cola, girando continuamente sobre sí misma en torno de la esfera que limita. Los sentimientos, á su vez, dando la nota típica del espíritu como todo que vuelve también sobre sí, revelan otra noción distinta y superior, aunque análoga á la conciencia psicológica. Es la conciencia moral, ya indicada, llamada á una influencia suprema en las determinaciones del hombre.

Queda completo, pues, el cuadro general que presenta la vida del espíritu.

Capítulo X

Escala dinamo-orgánica de las facultades.

EN el capítulo anterior hemos visto nacer las facultades complejas binarias, como hijas de la acción de una de las tres facultades simples sobre otra, sin interesar á la tercera. Así hemos comprobado seis facultades más, y después otras dos generales, ternarias y sintéticas, por las cuales el mundo exterior actúa mediatamente sobre la psiquis y la psiquis, á su vez, reacciona, mediatamente también, sobre el mundo.

Pero la regularidad absoluta ni existe en el exterior, ni tampoco en las facultades del espíritu y los fenómenos internos pasan de un modo bastante diferente de como el anterior análisis parece enseñarnos.

Así como en la mineralogía, tras el estudio de las formas geométrico-cristalográficas puras, que entran de lleno en el campo de la abstracción propias de la ciencia de lo extenso, viene el estudio complementario de las modificaciones de los cristales, que los apartan no poco de aquella pretendida regularidad con que en la esfera

abstracta los concebíamos, así también en la síntesis de la vida del espíritu no se dan las facultades con esa regularidad semi-geométrica que nos ha servido para hacerlas comprensibles.

En la Naturaleza, como en el espíritu, el fondo de las cosas es unitario y muy sencillo, pero las formas exteriores parecen variar de un modo indefinido, para integrar la ley de la armonía, y nada más lógico que el que suceda así, porque no existiendo en el Universo, tal como le sentimos, más que materia y fuerza, tantos como sean los modos de actuar ésta sobre aquella otras tantas habrán de resultar las modificaciones, y así como en Mecánica racional un punto material sometido á una sola fuerza no tiene más que una dirección y describe una recta, transformándose su movimiento en las diversas formas de curvas así que se le agregan otras convenientemente, en dinámica humana dos fuerzas tan variables y tan encontradas como la inercia del cuerpo y las energías del espíritu han de producir probablemente alteraciones en esa á manera de movimiento rectilíneo que hemos supuesto en las acciones de las facultades complejas que de sus recíprocas acciones resultan.

Detengámonos un momento aquí en honor á esa especie de analogía, á ese singular paralelismo que, apesar de su diversa índole nos ofrecen lo físico y lo psíquico.

Decíamos que en Mineralogía, tras la regularidad sublime de las formas cristalográficas, venía el estudio importantísimo de las irregularidades que la Naturaleza impone á las formas puras de todo cristal. No existe, en efecto, cristal alguno que no presente estas últimas, y el

seguirlas resulta interesante. Los cristales empiezan por formar grupos y, al estorbarse mutuamente en su crecimiento, impiden que las caras se desarrollen con igualdad, ensanchándolas ó alargándolas unas á costa de las otras que á veces hasta desaparecen; fórmanse cristales dobles y triples, se alteran sus dimensiones, se invierten, se concrecionan, abortando y, en fin, sustituyen á otras substancias, robándoles sus propias formas.

En Botánica y Zoología también la regularidad primitiva de los órganos y hasta su misma índole se altera, presentándose múltiples casos teratológicos, como los crecimientos desacostumbrados, la transformación de los estambres vegetales en pétalos, el aborto de ciertos verticilos que se cambian en glándulas ó espinas, etc.

Estos fenómenos mueven á pensar si procede buscar en las facultades organo-psíquicas del hombre algo parecido y nos hace desde luego desconfiar de la ficticia regularidad geométrica de nuestro esquema, que en la realidad psicológica ha de experimentar modificaciones profundas. Modificación y algo más en efecto, es la que por de pronto nos encontramos al querer ocuparnos del problema dinamo-psíquico; al hablar de fuerzas del espíritu.

El concepto filosófico de la vida ha recibido de la histología y de la química una modificación profundísima, que hace cada vez más necesario el acabar con el dualismo de espíritu y cuerpo, único resabio de importancia que nos queda de la falsa y tradicional psicología.

Ya han desaparecido felizmente de la ciencia aquella especie de arqueos, de fuerzas inmateriales, ocultas, determinantes en lo inorgánico de las llamadas fuerzas de

la vida. La clásica antinomia de espíritu y cuerpo tiene que refugiarse en otra trinchera, que acaso sea la última y desaparezca cuando podamos formarnos una idea cabal de lo que tanto la fuerza como la materia simbolizan, idea que hoy ignoramos si llegará á espiritualizar la materia ó á materializar el espíritu, reduciendo á vanos nombres absorvidos por hermosísima realidad suprema á entrambos.

Copiemos á Gautier (Armand) lo que dice de la vida:

«La vida resulta de un estado de organización y correlativamente de evolución, transmitida, gracias á las materias generadoras, por otro ser anterior, que á su vez fuera antes objeto de una evolución análoga. Littré ha dicho con acierto: *«la vida es el estado de actividad de la materia organizada»*. Cl. Bernard observa que los seres vivientes revelan *un plan orgánico, según el cual se dirigen los fenómenos físico-químicos*, debidos á los agentes físicos, productores de estos fenómenos, pero tales agentes *no dirigen....* Esto es también lo que pensaba Chevreul al decir: «un cuerpo organizado tiene en sí la propiedad de desarrollarse con admirable fijeza en cuanto á su forma y especie, y la facultad de engendrar individuos que reproduzcan á su vez esta misma forma. He aquí donde, á nuestro juicio, se encuentra el misterio de la vida y no en la naturaleza de fuerzas, á las que se pueden referir de un modo inmediato los fenómenos». Es decir que los generadores transmiten *la organización*; los agentes físico-químicos, proporcionan á ésta *la energía*, que se *transforma y se dirige* según el plan de la materia recibida del engendrador».

«Lo que se ha llamado *fuerza vital* no es una fuerza, porque fuerza es aquello que resulte apto para actuar sobre un cuerpo ó sistema de cuerpos materiales, para modificar la energía mecánica, física ó química *pero desapareciendo proporcionalmente* á las modificaciones así producidas. Los seres vivos se nos manifiestan á la vez por fenómenos *mecánicos* ó *físico-químicos* que ponen en juego fuerzas susceptibles de medida y también por *formas*, es decir, por *el orden, el plan* de los fenómenos de que son

objeto. A estas manifestaciones, comunes al animal y á la planta, vienen á incorporarse en los primeros las manifestaciones superiores de la sensación, la conciencia, la memoria, el pensamiento, etc. El animal funciona gracias á modificaciones incesantes de los principios que le componen, de lo que resulta una cantidad de energía que, de potencial ó latente, se transforma en sensible, manifestándose por cambios de temperatura, por el movimiento y por la naturaleza de los principios químicos constitutivos de los órganos. Siempre para el mismo ciclo de transformaciones materiales, cantidades equivalentes de calor, de trabajo interior ó exterior revelada por el inerte calorímetro. En el animal, sea un amibo, un molusco, ó un hombre, la sensación, la memoria, el pensamiento son *percepciones de apreciaciones de formas ó de relaciones* (lo que es todo uno), pero jamás constituyen *modos de energía* y carecen de equivalente mecánico. Un artista saca de su violín una sucesión de sonidos que despiertan en nosotros la sensación de una idea musical. El trabajo material del brazo..... de los nervios acústicos, la transmisión al cerebro y la impresión en él recibida constituyen una serie de fenómenos susceptibles de equivalencia y medida. En cuanto á las percepciones interiores de las formas transmitidas,.... de cuya comparación va á resultar el juicio, son *absolutamente inmateriales*. En efecto, los mismos sonidos, producidos en orden inverso ó irregular, habrían determinado impresiones análogas con igual gasto de energía, pero la percepción interior, el sentimiento de las relaciones cambia ó se anula.... La organización es el instrumento de la vida, pero no su causa.... Un grano, un microbio ó su espora desecados.... tienen la vida *in potencia*, pero en realidad no viven, ni siquiera una vida latente. Son máquinas aptas para funcionar, relojes con su cuerda dada y prontos á marcar la hora, pero.... ellos no resultarán lugar adecuado para cuantas manifestaciones constituyen la vida mientras ciertas causas determinantes: humedad, calor, una primera vibración comunicada, les suministren las condiciones necesarias para la realización de la energía virtual que tienen en reserva sus materiales químicos. Sólo el paso á las transformaciones de dicha energía.... resultará la causa de la serie de transformaciones que llamamos *estado de vida*.... Un cerebro que piensa se calienta,.... pero los fenómenos que siguen á

la impresión material.... el pensamiento.... la voluntad, no gastan energía. Sentir, comparar, querer, *no es obrar*.... Descartes ha dicho. «Se vive y obra físicamente, pero metafísicamente se piensa».

Las facultades aparecen sucesivamente en el hombre. siguiendo el progresivo aumento de fuerzas que supone el crecimiento del organismo.

La vida intra-uterina del nuevo ser tiene una acentuación considerable antes de empezar el cuarto mes de la gestación. Hasta entonces el óvulo fecundado ha remediado en sus evoluciones el desarrollo vegetal, por segmentación de células que se han agrupado formando las membranas blastodérmicas y estando ya bastante desarrollado el embrión, que ha pasado á ser feto, se trueca la circulación onfalo-mesentérica por la de la alantoides, la que, del cuarto al quinto mes, cambia en circulación placentaria, al par que empiezan á observarse los primeros movimientos automáticos del feto que suponen ya manifestaciones vitales propias, de índole inconsciente.

Pero si puede dudarse acerca de los instintos, en este período obscuro en que el nuevo ser se desarrolla en íntima solidaridad con la madre, así que tiene lugar el nacimiento se presenta á las claras la vida inconsciente é intuitiva, primero y más poderoso lazo del cuerpo con el espíritu, y el recién nacido busca el alimento llevando instintivamente los labios al pecho que le nutre.

Los primeros meses de la existencia los pasa el niño consagrado casi por completo á la vida vegetativa, que poco á poco se va consolidando con el crecimiento y desarrollo de los miembros; pero casi desde los primeros días de ella se empiezan á presentar ligerísimos esbozos de los senti-

mientos ó de la psiquis, y de la fantasía, que parecen ambas guardar en su desenvolvimiento cierta correlación, es decir iniciando una franca vida intuitiva.

Desde luego todos los sentidos funcionan, según la experiencia acredita, porque el niño fija la mirada en los objetos luminosos y movibles, primero que despiertan su atención; tampoco es insensible á las ondas sonoras que llegan á su oído, antes bien, como objetos sonoros, como las campanillas y otros cien ruidosos juguetes, tienen el privilegio de embelesarle. No gozan, según las nuestras, de análogas preferencias los otros sentidos, que, aun existiendo, parecen radicar en la esfera de lo inconsciente, sin que trasmitan más impresiones que las de placer ó dolor, como los demás nervios de las sensaciones internas.

La aguda perspicacia del vulgo sorprende de continuo en los recién nacidos durante los cortos intervalos en que no duermen, el fenómeno de la atención con que reciben las impresiones luminosas y acústicas, llamadas sin duda á despertar la fantasía y consiguientemente á la psiquis, por medio de la apercepción intuitiva. Órgano tierno y medio embrionario aún la fantasía, se cansa pronto de funcionar, negándose á recibir nuevas impresiones sensitivas, y de aquí lo breve y poco continuado de las vigili-
 lias, que en los primeros tiempos constituyen la excepción de la vida, mientras las atonías del reposo absoluto llegan á ser la regla general de aquel período générico de las facultades psíquicas, que sólo tratan de asegurar la definitiva firmación del cuerpo, llamado á servirles de apoyo en el decurso de los años.

Los instintos de la primera edad, fieles cumplidores

de las necesidades del crecimiento suministran al espíritu las nociones primeras, que le sumergen en una existencia de absoluto egoismo. Primitivos sentimientos, inconscientes también—de los que no es responsable, y que, transformándose luego en conscientes, perduran en el hombre maduro—se enseñorean de su ser hasta la tumba.

Si quereis comprobar experimentalmente la existencia de los sentimientos egoistas en el niño arrebatadle el primer juguete que en sus manos coja, y no le satisfagais un necio capricho, y le vereis pronto, presa de intenso llanto, que, bien diferente por cierto del llanto consciente ó de dolor, remeda en un todo las manifestaciones y los gritos con que los animales expresan todos sus instintos. Y no se diga que estas manifestaciones y otras mil que pronto se presentan, no merecen el nombre de sentimientos egoístas sino de puros instintos, porque la característica de los instintos en los animales como en el niño es suplir la falta de raciocinio, pero así como el instinto ó mejor dicho el inconsciente, jamás se engaña por ser determinación fatal encaminada á satisfacer una necesidad orgánica, el niño es casi siempre engañado por aquellos fenómenos y nunca por los verdaderos instintos. Si quereis colocarle en sitio abrigado, que le proteja contra las inclemencias del frío, llora porque no se le deja á la intemperie, donde estaba entretenido con tal ó cual capricho, y aunque aquello le conviene mejor, prefiere ésto, que se aviene más con su gusto del momento, igual que cuando después sea hombre y sienta las pasiones, que hijas de los sentimientos egoístas pervierten á los propios instintos, ha de sacrificar cien veces lo útil por lo que sólo le proporcione la satisfacción

de un efímero capricho y para comprenderlo mejor no hay sino investigar si se da en los animales ese sentimiento del niño que el vulgo conoce con el nombre de caprichos infantiles y se advertirá bien pronto que, en lugar de ser verdaderos instintos, son cosa muy diferente que, desde luego revela ya al ser que no ha de tardar en ofrecerse consciente y libre, emancipándose del fatalismo que domina á los demás seres sensitivos.

En la primera edad del niño se dan, pues, análogos instintos que en los animales, pero al par se presenta también la perversión de esos mismos instintos, esto es, las pasiones, como si las mociones instintivas, tan inocentes de suyo por estribar en su finalidad indeclinable la conservación del individuo, tocasen á una facultad pervertidas ó con tendencia á pervertirse desde su origen y salieran casi siempre desfavorablemente modificados.

El niño cuya educación se descuida siente desde los años más tiernos, acaso desde los tres años los primeros, síntomas de la pasión del orgullo; coleccionando más y más juguetes que se niega á facilitar á sus compañeros desarrolla en sí la avaricia y acaso en los demás envidia desgarradora. La crueldad en el niño está perfectamente caracterizada, es así mismo proverbial su gula, que con nada parece saciarse, al revés de lo que suele acontecer con los animales. A veces, en fin, —triste es de decirlo— centellean los fulgores del odio y de la ira en sus tiernas pupilas y se sienten empujados por pendientes que más tarde pueden hasta conducirlos al crimen.

Mas, por fortuna, su virgen alma no esta sola, ni cae de lleno en la tiranía del egoismo. Aunque el niño

muestra en su cara su futuro carácter, dulcísimos sentimientos, nacidos en el hogar al calor de las solicitudes de sus padres y á los desvelos de sus maestros, empiezan á despuntar, aprestándose á la lucha con aquellos otros que tienden á deprimir al espíritu, apartándole de sus altos y ulteriores destinos.

Durante todo este tiempo la fantasía, á quien dejáramos antes trabajando desde un principio bajo la acción de los sentidos y cansándose con facilidad de funcionar por la debilidad de las fuerzas orgánicas en que se apoya, va fortaleciéndose y transmitiendo á la psiquis nociones intuitivas, que, á medida que aumentan en alcance é intensidad, se van emancipando más y más de la férula de lo inconsciente, donde tuvieron comienzo, para aproximarse á la esfera consciente, donde han de asentarse en definitiva. El desarrollo y nuevo vigor del sistema nervioso, ya casi consolidado, dispone al cerebro para las operaciones penosas que supone el raciocinio y esta excelsa facultad, tercero y último de los centros del espíritu, la de más laboriosa gestación, porque simboliza la plenitud de la conciencia psicológica, hace su aparición en la vida, por un lado á costa del organismo y quizá de la fantasía, por otro merced á la creciente actividad del espíritu que, menos esclavizado ya por las atenciones de lo inconsciente que preside á la nutrición del cuerpo, aumenta el círculo de su acción, enriquecida ya por el caudal de ideas intuitivas elaboradas á costa de las impresiones sensibles, al par que el cerebro está ya dispuesto para las nuevas y más penosas energías órgano psíquicas que precisa, sin atender por eso á la corriente primaria centrípeta, directa é intuitiva.

tiva, que se nos presenta tan completa en el niño como en el adulto y en el hombre viril.

El tiempo de esta transición, acaso la más lenta del desarrollo humano, no puede fijarse por lo mismo de un modo absoluto, pero tiene su comienzo entre los seis y nueve años, según las diversas circunstancias congénitas, educativas, orgánicas y exteriores que en fenómeno tan integral, último anillo del espíritu con el cuerpo, están llamadas á influir.

La consecuencia inmediata de la aparición del raciocinio es la apertura de esa segunda vía consciente, muy superior á la primera por diversos conceptos, hasta ejercer la hegemonía sobre ella durante la vigilia, merced á las energías de la voluntad que, á manera de un regulador, aumenta la fuerza ó tensión orgánica al actuar el espíritu sobre el órgano respectivo y es dueña de desviar la corriente intuitiva ordinaria, llevándola á corriente plenamente consciente de generalización y apercepción discursiva, á través del raciocinio. Pero, aparte de ser larga y muy penosa la infancia del raciocinio, todavía se prolonga mucho más hasta poder llegar á su plenitud, porque aun siendo ya susceptible de ejercicio este no es completo cuando no halla suficiente energía orgánica para la fuerte tensión que supone en la voluntad.

La íntima unión además que sus órganos de la corteza cerebral tenga, con los de la fantasía hace á la generalidad de los hombres carecer casi de las dos facultades de la abstracción y reflexión genuinas, facultades que son difíciles de desarrollar, porque suponen cierto divorcio ó antagonismo entre aquellas dos, cuyos órganos,

íntimamente unidos en el encéfalo por la Naturaleza, no se prestan dóciles á desempeñar las funciones antagónicas necesarias á su ejercicio. De aquí también que ningún trabajo fatigue tanto al espíritu como el suyo, ni que tenga mayor propensión á los estados patológicos cerebrales gravísimos, cuya consecuencia definitiva sea el aniquilamiento de la persona humana con la muerte, ó la perturbación y pérdida de la facultad con las diversas clases de locura.

Lo inconsciente no se ha descuidado tampoco. Mientras la vía consciente se duplicaba con la aparición del raciocinio, ha creado también una nueva vía de instintos reproductores que, aparecidos como los anteriores de la conservación en la edad primera, al revestir en la psiquis pueden retornar perturbados en su verdadera índole natural con los extravíos de las pasiones, cuyo influjo aparta al individuo de la senda normal que aquellos instintos inconscientes le tienen trazada, para conseguir sus fines, esencialísimos para la conservación de la especie.

El espíritu llegado á esta edad de los 18 á 25 años resulta como duplicado y considerablemente enaltecido. Cuenta, por un lado con una doble vía inconsciente centrípeta de instintos conservadores y reproductores, otra doble vía centrífuga de pasiones de una y otra índole, con las que está llamado á luchar durante el resto de su vida. Tiene, por otro lado, la análoga vía doble plenamente consciente de la fantasía al raciocinio y á la psiquis ó vice-versa; en fin, una tercera vía central ó directa, que, de ordinario, es inconsciente á medias y á medias consciente con la apercepción intuitiva y con la memoria.

Completa el conjunto de la dinámica del espíritu unos sentidos externos, que comunican de fuera á dentro con el mundo, y unas funciones motoras, que suministran la comunicación inversa acusada por los movimientos externos y las acciones exteriorizadas. ¡Hermoso conjunto que hace concordar el mecanismo del sistema nervioso del cuerpo con los sublimes engranajes y corrientes del espíritu!

Después de esta ojeada fácil es colegir qué modificaciones de detalle impone la realidad á nuestro esquema analítico.

En primer lugar es tan íntima la unión del espíritu con el cuerpo, tan continuas son sus mociones, tan sintética es la resultante de la vida y tan múltiples son también sus sentimientos, que la esfera de la psiquis aumenta de radio, tendiendo á absorber en su seno á las otras dos del raciocinio y fantasía en plena intuición, como más tarde veremos. Al par los vínculos orgánicos, tan poderosos entre éstas, propenden á hacer de ellas no más que una, apesar de la grandísima diferencia que media entre sus funciones respectivas y esta aproximación se realiza á costa de las dos facultades binarias intermedias que resultan atrofiadas y poco perceptibles.

Destinada la psiquis además, á enriquecerse con su propio caudal y el que recibe de la Humanidad y del Universo, las corrientes ó facultades centrípetas tienen mucho más vigor que las recíprocas ó centrífugas, y entre éstas menos aun las de la vía mediata que las de la inmediata. Lo contrario ocurre con las dos ternarias por las que se mantiene la comunicación del espíritu y el

mundo: la moción resulta fácil y la atención difícil, sin duda porque emanada la moción de la plena actividad de la psiquis puede caminar expedita á través de las demás facultades subordinadas, mientras que la atención, al irradiar de la psiquis y luego regresar á ella, á través del raciocinio y la fantasía, lleva en sí todas las dificultades orgánicas de las corrientes reflexivas.

Esto mueve á sospechar que no se trata, como á primera vista pudiera creerse, de tres facultades simples y centrales del espíritu, resultado del falso fraccionamiento que es consecuencia de toda buena investigación analítica. En el momento en que hemos dado los primeros pasos en el terreno de la síntesis, para formar la escala dinámica de las facultades simples y compuestas, apesar del rigor de los principios de observación en que se apoyan, ya nos vemos irresistiblemente impulsados á considerar un solo principio activo, la psiquis, cuyas energías conscientes é inconscientes son las únicas que dan vida y calor al movimiento psico-físico. El estudio graduado de la intensidad de esta fuerza psíquica, actuando sobre los órganos de los centros nerviosos, nos enseña acabadamente esta profunda verdad, que el análisis apenas nos permitiera entrever.

Entre las mil modificaciones que la fuerza viva de las psiquis nos presenta en su intensidad, permitiéndola recibir en cierto modo las leyes universales de la cinemática, su más y su menos matemático presenta cuatro modalidades ó situaciones claramente determinadas, que pronto vamos á considerar.

Desde luego el problema de lo consciente y de lo in-

consciente es para la psiquis una pura cuestión de cantidad. La fuerza psico-orgánica se inicia de un modo casi imperceptible en el feto, que, encerrado como está en el saco del amnios, no puede trascender al exterior más que por ciertos movimientos hasta los últimos meses de la gestación. El nacimiento permite al nuevo ser recibir inconscientemente la acción de la luz y del sonido, primeras mociones que la continuada atención del niño y su creciente vigor nervioso va haciendo más intensas, aproximándolas más y más á la fuerza consciente.

El período, de la gestación desenvuelve la primera fuerza psíquica, que, por ser débil aún, es inconsciente; el que media desde el nacimiento hasta el fin de la infancia fortalece esta fuerza, permitiéndola aumentar de intensidad, hasta poder alcanzar, en los momentos más activos, la tensión necesaria para llegar á consciente de índole intuitiva ó directa, aun no purgada de ciertos resabios inconscientes cuando, tras cualquier máximo, tiene su mínimo respectivo.

Para la infancia; llega la edad de la razón, que halla ya casi ultimada la formación de los grandes centros cerebrales, al par que se ha desenvuelto el cerebelo, y la fuerza psico-orgánica, que no fuera del todo consciente con la intuición, abre la nueva vía de plena conciencia racional, tocando al máximo de lo consciente al alcanzar á la plenitud orgánica, pero llega un momento supremo en que corre peligro la integridad del conjunto bajo la inminente amenaza de cualquiera de los mil riesgos de la vida la psiquis se apercibe, y aquella fuerza misteriosa suya, que no reconoce más límites de acción que la resis-

tencia del organismo, se exacerba, llega á su paroxismo, excita á todas las facultades, apartada entonces y muy por cima de la intensidad de lo consciente, torna á ser inconsciente, de intensidad mucho mayor, pero pasado el peligro se desquita de aquel derroche de fuerzas y para reponer sus pérdidas cae en especial atonía.

Este fenómeno nos recuerda (consecuentes con nuestro afán de hallar analogías unificadoras entre el mundo moral y el físico) el cómo las vibraciones del éter al iniciarse, empiezan á determinar calor; aumentan en rapidez ó velocidad vibratoria y el espectro calorífico comienza á transformarse en luz; da un paso más y aquellas vibraciones, más veloces que en el último color que es el violado, ya dejan de ser luminosas pero continúan siendo vibraciones químicas, llamadas á modificar, por descomposiciones, la naturaleza, íntima de los cuerpos y en fin pueden llegar á ondas hercianas ú otras, aún desconocidas.

Determinemos en la vida los cuatro momentos característicos de esta fuerza, cuya intensidad no sólo varía con el crecimiento, sino también con alternativas análogas á las de la intensidad de la luz sobre la superficie de la tierra.

El momento primero de esta fuerza psico-orgánica, su cero absoluto, únicamente se da dos veces en la vida humana. El uno en las vagas fronteras de la nada, en que el nuevo ser sale del orden abstracto de la posibilidad al concreto de la existencia, durante el misterio de la gestación: el otro en los segundos confines del tiempo con la eternidad, cuando la última hora de la vida resuena

melancólica en los ámbitos de lo desconocido. Entre estos dos momentos, la fuerza se alejará del cero con el crecimiento del hombre; se acercará á él más y más hacia los períodos postrimeros de la vida, ó en aquellos otros en que la enfermedad amenaza con reducir á la nada el mágico conjunto, pero jamás tocará á él, porque ya tocó una vez el hombre al comenzar y no puede volver á llegar á él sino cuando espire.

Los otros tres momentos no pueden ser más perceptibles en la vida de cada día.

Ya vimos en el capítulo IV cuales son en el orden psíquico los momentos culminantes de la vida ordinaria. Sometido el hombre á la necesidad de alternar entre la actividad y el descanso no pasa de una á otro sin crepúsculos, que son á la manera de los solares. En el crepúsculo vespertino del Sol disminuye gradualmente la intensidad de la luz diurna, que desaparece durante la noche y retorna, aumentando gradualmente también, con la aurora del nuevo día. El crepúsculo vespertino del espíritu hace decrecer con rapidez la tensión de la fuerza psico-orgánica, hasta que traspone la esfera de lo consciente, alcanzando un cero relativo, que resulta positivo siempre respecto del cero absoluto. Llega á dicho cero, con velocidad muy variable según los diversos grados de tensión que alcanzara en la anterior vigilia y los que exigen las continuas necesidades de la inervación inconsciente que reclama menos y que no duerme nunca. Retorna después á crecer, tocando primero en el cero relativo del ensueño, y pasa en fin á la vigilia.

Concretemos más estos momentos.

Primer grado de intensidad, período del reposo

Cuando la fuerza psico-orgánica se acerca á su minimum el hombre pierde toda noción externa é interna. entra en el inconsciente completo ó sea en la reducida esfera del reposo vegetativo y absoluto. Durante él, la psiquis vive sólo unida al cuerpo por aquellos lazos, pero carece de raciocinio, de fantasía y de toda otra facultad binaria ni ternaria, pues todas yacen en perfecta atonía. Al faltar entrambas fuerzas conscientes, carece el espíritu de la conciencia psicológica que le suministran sus nociones conscientes: vegeta el hombre á la sazón, pero casi no vive porque hasta carece de la vida de la intuición que al ensueño caracteriza.

Este período es el normal en los primeros meses de la existencia humana, y probablemente es el característico del largo período de la gestación. Dura de 3 á 5 horas en la juventud; poco menos que desaparece en casi todas las enfermedades, especialmente en las nerviosas y tiende á reducirse más y más desde que se ha llegado á la edad madura. En general, como consagrado de lleno al crecimiento en las primeras edades y siempre á la vida interna de nutrición y renovación, se acorta cuando el crecimiento termina y propende á desaparecer á medida que la conservación del cuerpo va siendo más inútil y menos factible, es decir, á medida que, ya consolidada ó desarrollada la psiquis que parece ser el supremo objetivo de la vida consciente, se prepara á separarse para siempre de él.

Segundo grado de intensidad: período del ensueño

Llenadas las primeras necesidades de nutrición y re-

novación ó, para hablar con más propiedad (pues estas funciones nunca cesan) así que por el descanso comienzan á repararse las fuerzas vitales en sus anteriores energías, é intentan renacer las facultades postradas, se inicia, según ya sabemos, el período del ensueño. Pero, como la intensidad de ella no es aún suficiente para ambas, se la apropia toda la fantasía, la menos exigente en fuerzas para su mera objetivación, la que llena una necesidad más orgánica y por tanto más fundamental que el raciocinio, porque mientras éste da la nota diferencial entre el hombre y los animales aquella da la nota cardinal que es comun en mayor ó menor grado á todos los seres sensitivos y por la distinta índole del principio simplicísimo que informa á estos y al hombre, la inmensa mayoría de las funciones racionales son ventajosamente suplidas, como hemos visto, por la vía central, directa é intuitiva de la sola fantasía tanto en los períodos de la vida que precedieran al desarrollo de la razón, cuanto en todos los otros que á su pérdida ó extravío subsiguen y en los cuales la muerte de la razón no ha determinado por sí la cesación de la vida.

En este segundo período de los ensueños, cuyos confines con el primero ó del reposo se muestran tan confusos y desvanecidos, es gradual la presentación de la fantasía, que suple la acción directa de los sentidos con las impresiones más recientemente recibidas de la vigilia, según hemos visto.

Como se encuentran frente á frente entonces dos facultades ligadas una á otra y como la índole subjetiva de la psiquis es la misma exactamente que en la vigilia, y son otra no menos exacta reproducción del mundo exte-

rior, casi siempre, las pinturas de la fantasía, la chispa de lo intuitivo salta de una á otra por la tensión vital acumulada durante el reposo y se desarrolla *de presente* una nueva vida *tan real* como cualquiera otra, pues sólo se diferencian de la ordinaria en la vigilia en que no se raciocinan porque se vive á costa de los recuerdos que un pasado todavía reciente suministra.

Tercer período; la vigilia

En este último período de la dinamia psicológica, que arranca del momento en que el hombre despierta, todas las facultades se encuentran dispuestas á funcionar, integrando la gran labor sintética que á la vida real caracteriza. La consciencia y la inconsciencia del hombre, desarrollándose al par en toda su plenitud, le hacen perfecto y libérrimo dueño de sí mismo, dentro del estado fisiológico que el expedito ejercicio de ellas supone como condición esencialísima.

De aquí que, este estado al ser una perfecta imagen del absoluto equilibrio que caracteriza á la vida fisiológica ó de salud, resulte más ó menos alterado por las afecciones morbosas que estudia la Patología, en sus dos ramas de Patología médica y Patología del espíritu.



ADVERTENCIA

Dada la índole del presente estudio de observación, y para mayor progreso de la ciencia, el autor de esta obra espera verse honrado con la remisión á su domicilio (Logrosán, Cáceres) de cuantos juicios críticos, sean favorables ó adversos, emitan los Señores lectores.

Índice del 2.º cuaderno que aparecerá en Octubre próximo:

Libro II.

- CAPÍTULO I.—*Observaciones de ensueños caracterizados principalmente por la fantasía.*
- CAP. II.—*Observaciones somnológicas más caracterizadas por la intuición.*
- CAP. III.—*Estudio de la doble fantasía.*
- CAP. IV.—*Aberraciones de la fantasía.*
- CAP. V.—*La fantasía y las lecturas.*
- CAP. VI.—*La fantasía y los viajes.*
- CAP. VII.—*La fantasía y las labores habituales.*
- CAP. VIII.—*Síntesis de la fantasía y la psiquis.*
- CAP. IX.—*Síntesis de la vida de la intuición y la del raciocinio.*
- APÉNDICE.—*Algunas notas bibliográficas para el problema de la fantasía.*
-

Las pequeñas erratas que se notan en este cuaderno serán salvadas al final de la obra.

Revista de Extremadura

Órgano de las Comisiones de Monumentos de las dos Prov.

HISTORIA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Precios de suscripción; un año.	6'00 pesetas.
Número suelto	1'00 —
Número atrasado	1'50 —

La correspondencia literaria al
Secretario de la Redacción:

D. JUAN SANGUINO,
Fuente Nueva. 8, CACERES

La correspondencia ad-
ministrativa al Administrador:

D. MANUEL CASTILLO,
Cuesta de la Campaña, 1, CACERES

Los que en la capital quieran anotarse como sus-
critores, pueden hacerlo en la librería de N. M. Jiménez
testamentaria.

Los números se publican en la segunda quincena
de cada mes, constanding, por lo menos, de cuarenta y ocho
páginas de clara impresión y buen papel.

Cuidarán los suscritores de no demorar el pago pu-
diendo hacer los de fuera de la capital en letras del Giro
postal, ó de fácil cobro.

El original literario que se reciba no será devuelto
si no se solicita.

